



REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EL HALLAZGO Y EL DESCUBRIMIENTO
ARQUEOLÓGICOS EN LA HISTORIA
DEL ARTE

DISCURSO DE RECEPCIÓN
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON AMALIO GIMENO
Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR
DON AMÓS SALVADOR

IMPRESA DE JUAN PUEYO,
LUNA, 29, TELÉF. 14-30
— — MADRID — —



REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EL HALLAZGO Y EL DESCUBRIMIENTO
ARQUEOLÓGICOS EN LA HISTORIA
DEL ARTE

DISCURSO DE RECEPCIÓN
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON AMALIO GIMENO
Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR
DON AMÓS SALVADOR

IMPRESA DE JUAN PUEYO,
LUNA, 29, TELÉF. 14-30
— — MADRID — —

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. AMALIO GIMENO

SEÑORES:

Murió D. Antonio García Alix y pensasteis en mí para sustituirle. ¿Qué os movió á ello?... Me atormenta el deseo de tener cumplida respuesta á esta pregunta desde el día en que me creisteis digno de ocupar el hueco que entre vosotros dejó aquel hombre tan estimado, y, fijando dentro de mí la vista, no sé lo que me parece mayor, si el desconocimiento que tenéis de mi persona al llamarme, ó mi osadía al venir. Porque yo no soy maestro en vuestras técnicas: ignoro el medio de hacer carne del mármol y de extender con el pincel la vida por el lienzo; mi mano no sabría trazar el plano de una choza y mi ignorancia del pentágrama, por cuyos hilos trepan las notas, es tal, que su lectura me sería más difícil que la de los caracteres cuneiformes de un ladrillo caldeo. Citadme á capítulo y veréis cómo no puedo hacerme acreedor á vuestra simpatía más que por mi amor al arte y por el férvido, caluroso y constante impulso que lleva mi alma hacia lo que tiene el mundo de poesía y de luz. ¿Es que eso os basta? Pues entonces estoy más tranquilo, ya que, si puedo ser vencido por el más negado de vuestros discípulos, nadie llega á ganarme en entusiasmo por cuanto el artista hace real para que sea prueba del divino origen del hombre, ni en la convicción que tengo de que si el secreto arrancado por el sabio á la naturaleza permite adivinar á Dios, también hay atisbos de divinidad en la estatua que sólo espera á Pigmalion para moverse, en el cuadro al que el engaño del co-

lor anima, en el viejo monumento conservado por los años y en todo lo que hace sospechar que el amasijo de carne destinado á pudrirse lleva dentro algo del fuego creador que viene de arriba.

Reconociéndolo así me habéis hecho justicia, porque habéis adivinado sin duda que soy de los cándidos que aún creen en la charla del pájaro de Sigfredo y de los románticos impenitentes que admiran á Ruskin entontecido de amor ante las piedras de Venecia. Me contáis seguramente entre los que saben que á mayor rudeza en el vivir ha de corresponder más encendido fervor en el culto de aquella belleza que Platon hacía sinónima de la verdad, y que, á medida que el poder de la máquina y la lucha contra la materia que se resiste aumentan, más ampliamente debe abrirse el alma á la ternura del arte y con mayor confianza hay que lanzar el vuelo hacia la región serena donde la imaginación es reina y señora y á la que el hombre llega como único animal á quien fué concedida tal merced. Aceptadme, pues, á título de uno de los eternos soñadores que ven más viva la historia en la gentil figurilla de Mirina ó en la linda joya egipcia de una princesa saíta que en los nueve libros de Herodoto, y, al comprender cómo Beethoven podía oír voces divinas en su cerebro cerrado por la cruel sordera al ruido exterior, entienden por qué Leonardo de Vinci señalaba á sus discípulos los rasgos inciertos de una aparición de arte en los manchones húmedos de las paredes con que el acaso brindaba hallazgos al apetito creador (1). Aficionado, amante, adorador ferviente, adepto fiel, de los que gozan embelesados, de los que á vuestras obras rinden culto con fe y sin desmayos, de los que no sirven para hacer y sí para celebrar y aplaudir: de esos soy yo. ¿Creéis que entre vosotros puede y debe haber quien represente á la legión de los que admiran y ensalzan, y que junto á los maestros deben sentarse aquí los que en el mundo del

(1) Leonardo de Vinci. *Libro de pittura*.

arte viven en razón del entusiasmo y no del saber? Pues me incluyo en ellos y á vosotros me entrego.

* * *

Así fué también el que me precedió en este sitio, aunque el mérito de D. Antonio García Alix justificara, más que mi insignificancia, vuestros sufragios. Olvidando el desnivel entre su persona y la mía, muchos puntos de contacto nos unieron. Perteneció á los que saben hacerse un buen instrumento de lucha para la vida en la forja de nuestras Universidades, y allá donde sus afanes le llevaron logró ser en todo y siempre hombre despierto al trabajo, «centinela de sí mismo» como aconsejaba Cervantes, y sembrador de iniciativas fecundas. El Gobierno fué para él yunque en que puso á todas horas su voluntad á fin de moldearla dentro de las exigencias del deber, jamás olvidado. Su oratoria, pocas veces dura y enérgica, siempre persuasiva, hacía ver en el acento de su voz la melosidad levantina; en la claridad del concepto la luz de aquella tierra en que nació y que nos fué común, y en lo dúctil de su dialéctica el reflejo de ese temperamento que hace ser á los hombres mediterráneos fuertes y elásticos á la vez, insinuantes y prudentes, ágiles felinos, áticos razonadores, adaptables y útiles.

Estudió y sacó fruto: supo ambicionar y logró obtener: tuvo tirante en todo momento el arco de su voluntad y dió en el blanco cuantas veces la ocasión dejó marchar el dardo de su deseo. En suma, hubo en él un hombre de nuestros tiempos: salido de esta clase media en la que se funde todo lo que arriba y abajo hay de aprovechable en la sociedad moderna: luchador de los de ahora, de los que con la constancia saben hacer á la suerte su esclava pasmando á los beocios que aún creen que la fortuna, siempre ciega, no sabe á quién coge de la mano para llevarle á lo alto. Sus servicios y su mérito le dieron la satisfacción de ser el primer Ministro de Instrucción pública

y Bellas Artes (1900 y 1901), y acertó á aprovechar el tiempo: la catalogación de nuestros monumentos artísticos á él se debe: quiso hacer con ella «un inventario seguro—fueron sus palabras—que garantizara la conservación de riquezas inestimables», cebo de la codicia propia y extraña. Más tarde lo fué de Gobernación (1903), sin desmentir su laboriosidad provechosa; y, como si tratara de probar lo plástico de sus aptitudes, llevó también al departamento ministerial de Hacienda (1905) el vigor de su personalidad incansable y la admirable adaptación de su inteligencia. El presupuesto de reconstrucción política, comercial y bancaria que presentó á las Cortes fué una prueba de cómo el continuo batallar de la vida política había aumentado su capacidad, de qué modo, sabiendo estudiar, había adquirido aptitudes de hacendista que no hubieran podido soñarse, y cuán justamente obtuvo éxitos por haber logrado poner á buen rédito el capital de su trabajo. Perteneció, en una palabra, á los políticos que logran vengar noblemente á la política de sus calumniadores, consiguiendo desde arriba ser más útiles al país que los que desde abajo se creen fuertes por la ironía y la despectiva indiferencia. A tanto luchar rindió al fin su trabajosa vida García Alix cuando la madurez de los años habíanle dado más intensa percepción de los negocios del Estado y más tranquilo dominio de su voluntad. Los que le conocimos supimos dedicarle sincero afecto: en éste ha encontrado raíces el recuerdo de hoy. No se va nadie por completo del mundo de los vivos si ha sabido con sus actos decretarse á sí mismo la supervivencia dejando imborrable huella de sus pasos.

* * *

Y de cosas que parecían muertas en la historia y de nuevo viven hoy en el arte pienso hablaros, señores Académicos, al tratar del monumento ignorado y del que se consideró perdido, que la mano del hombre destruyó ó la acción del tiempo pudo

transformar y el suelo piadoso cubrió después. Me ocuparé de las reliquias seculares que encontraron asilo, como lo encuentran nuestros huesos, en el regazo de la tierra; de lo pasado que vuelve á ser presente por el encuentro feliz ó la pesquisa sabia. Y así veréis una vez más cómo puede interesar lo que otros hicieron en remotos siglos y de qué modo late el corazón de ahora al evocar lo antiguo: prueba de que el mandato de los muertos es ley de la existencia humana, pese al alma que trata de escapar hacia adelante con anhelo de expansión desconocida.

Voy á deciros algo de lo que pienso acerca de «EL HALLAZGO Y EL DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICOS EN LA HISTORIA DEL ARTE». A vuestra benevolencia entrego mi trabajo.

Nuestras obras son, como todas, perecederas. Nada es capaz de vencer el fatalismo por el cual mueren, se destrozan y derrumban. Tienen enemigos formidables. De un lado, las ingentes fuerzas de la naturaleza; de otro, la mano del hombre, tan artífice genial como destructor cruel ó demoledor ignorante; y éste, para vergüenza suya, el más temible. Las energías naturales rara vez obran bruscamente y de improviso; lo hacen casi siempre con lentitud secular, llamando en su ayuda al tiempo para que éste sea el decorador fantástico de sus estragos, cubra de agradable pátina la estatua mutilada y vista de jaramago el fuste de las columnas caídas. No así la pasión humana, que acomete como el rayo, derriba con ímpetu y marca en las piedras su paso con sangre y fuego, ó la ignorancia que mutila, deforma y roba, dando ambas también al tiempo el cuidado de velar los sombríos despojos de su estupidez ó de su ira con el ropaje de la vejez poética.

La naturaleza es imponente y bravía, llena de majestad cuando destruye; ni ama ni odia: es de una divina y suprema indiferencia. Sacude fieramente un día la costra de la tierra, y abajo van, en Olimpia, las piedras rotas de aquel templo de Zeus en cuyos soberbios frontones se habían inmortalizado Alcámenes y Peonios de Mendea. Arroja en trágica aventura terrestre el fuego sobrante de sus entrañas y sepulta bajo lava y ceniza á Herculano y Pompeya, que habían de recibir más tarde de nuevo la vida á golpes de piqueta manejada por la casualidad. Pero catástrofes así son contadas en la historia; en cambio, la

incultura y el furor humanos pasean de continuo por el mundo; no conocen el descanso. Decía Plauto que el hombre es un lobo para el hombre; pero también hubiera podido añadir que es un genio maldito devorador de sus propias obras, que, hipócritamente avergonzado, trata de echar sobre el tiempo calumnias no merecidas. Si hubiera sido posible suprimir la guerra con todo su cortejo de horrores ó limitarla, reducirla y establecerla en condiciones más soñadas siempre que conseguidas; si el odio hubiera manejado sólo instrumentos de muerte y no de destrucción en la larga sucesión de los siglos, siendo azote de los hombres en vez de serlo asimismo de las cosas, y el sentido estético y el amor al arte no estuvieran ausentes de tantos cerebros para dejar de imponer con el respeto la conservación, ¡qué soberbio catálogo ofrecería la antigüedad al arte contemporáneo!

Suponed por un momento toda clase de horrores en Troya cuando las espadas de bronce de los aqueos esparcían la muerte en aquella noche luctuosa cuyas sombras pudieron ocultar la fuga de Eneas bajo el peso de Anquises, y, representándoos matanzas en épica fiereza, suprimid mentalmente el incendio y figuraos á las piedras salvándose de la barbarie humana, intactos los muros ciclópeos, firmes los arcaicos templos y no convertida en escombros y ceniza la noble ciudad de los dardánidas después de la espantosa tragedia. Olvidad que los argivos no supieron vengarse de Micenas y de Tirinto sin derribar sus muros, aun asombrosos por la robustez de sus ruinas, y que la rabia persa hizo caer el Partenón de los Pisistratidas cebándose en las hermosas *orantes* de mármol policromo, hechas pedazos. Fingid en vuestra fantasía que el fuego no sublimó el heroísmo de Sagunto y de Numancia y sólo, sí, el acero de Anibal y Escipión; que Cartago no conoció á los vándalos de Genserico que la arrasaron, y Corinto, la de la dulce voluptuosidad, á Mumnio el romano que la hiciera polvo. Figuraos que Roma, en vez de ser destruída, hubiera sido sagrada para el furor de Alarico y que

Tottila no hubiera sido sordo al ruego de Belisario. No os acordéis de almoravides y de almohades aplastando en Medina-Azahra el lujo espléndido del califato de Córdoba. Soñad que no hubo venecianos que hicieran volar á cañonazos el polvorín de los turcos en la acrópolis ateniense; suprimid hasta un Lord Elgín, arrancando á martillazos los frisos y las metopas del tiempo de Cimón para enriquecer los museos de Londres. Imagináoos que no fueron oficiales ingleses los que hicieron cuarteles en Assuan con los materiales de los templos de Amenofis III en la isla Elefantina; ni ingenieros los que han anegado la de Philé, hermoseedada por los Ptolomeos, que quisieron señalar con esta «perla de Egipto» la frontera nubiana. Cerrad los ojos á tanta devastación, á vergüenza tanta; engañáoos creyendo que no han existido en la historia tales desmanes y, entregándoos á la ilusión de que los hombres no han podido ser hasta ese punto impíos destructores, representáoos al tiempo, al perdurable tiempo, silencioso y lento, como el único capaz de derribar y carcomer. ¿No es verdad que de ese modo y ante la insensata é irreflexiva intervención humana os parecerán los siglos solícitos tutores más que afanosos enemigos de nuestras obras? Hermosamente pudo escribir Ovidio: *Tempus edax rerum*; pero tuvo más razón que él Víctor Hugo al decir: *Tempus edax, homo edacior*: el tiempo es comedor de las cosas, pero el hombre lo es aún más (1).

Como á los animales que el arte diseña para el estudio, el tiempo, á no ser por los hombres, hubiera conservado inmóviles en su soberana majestad de cosas muertas á los monumentos de olvidados pueblos, y, pasando por sus aristas y sus planos el suave esfumino de la lluvia y del aire y de los rayos del sol que tuestan y doran, los hubiera embellecido al momificarlos á

(1) «Sur la face de Notre Dame de Paris, de cette vieille reine de cathedrales, à coté d'une ride on trouve toujours une cicatrice: *Tempus edax, homo edacior*; ce que je traduirais volontiers ainsi: Le temps est aveugle, l'home est stupide.»—Victor Hugo.

través de las edades para enseñanza y recuerdo. La vaga y poética atmósfera de glorias y tristezas lejanas hubiera hecho también un sudario inmortal para envolverlos. Así, con ellos, se alzarían hoy presentes á la vista de los hombres cincuenta siglos de una historia menos falaz que la de las míticas leyendas y empolvados cronicones; porque al embuste humano place anidar en el papel de los libros mientras la verdad duerme á gusto en el rincón de las piedras labradas por el arte.

Sin la tea y el hacha, la codicia que roba, la ignorancia que transforma, la ruda venganza que destruye y el fanatismo que mutila, quizás podríamos hoy soñar bajo la entera columnata dórica del Partenón de Pericles, recordar los festines homéricos en el vasto *megaron* de los palacios heroicos ó encantarnos en aquella sala de los califas de Medina-Azzahra con techo de oro y mármol de colores, que fué delicia de los Omniadas. No hay razón ninguna, como no sea la del vandalismo del hombre, para que sólo siete recias columnas queden aún en pie de aquel templo que se levantaba junto á la colina corintia que vió pasar, asoladoras, las legiones de Roma, las hordas de Alarico y las muchedumbres esclavas. La misma fuerza que ha mantenido las hermosas cariátides de mármol pentélico que guardaban con silencio pétreo la tumba de Cecrops en el Erecteion pudo haber conservado el lindísimo templo de la Nike aptera que los turcos destrozaron en el siglo xvii para fortificar la colina sagrada de Atenas, y que Ross, Schaubert y Hansen volvieron á levantar con sabia piedad restauradora.

*
* *

Pero, sea ó no derribado por la mano del hombre, hay que confesar que todo lo que cae es guardado por el tiempo, avare de cuanto se arruina. Así como la vida levanta y crea diferencias, la muerte abate, arrasa, nivela y sujeta á la ley suprema de la gravedad á todo cuanto es por ella alcanzado. Caer es si-

nónimo de quedar tendido: la línea horizontal es la de todo lo que se desprende ó se rinde, puente, acueducto, castillo roquero ó templo augusto. En el suelo ya, rota la magia que los mantenía erectos y altivos, la tierra los acoge solícita, los abriga, los cubre y los oculta: es el seno que ampara lo que no supo ó no pudo resistir y mantenerse. Muros desplomados, arcos rotos, capiteles que cayeron cual cabezas separadas del tronco, columnas abatidas, montón informe, al fin, de escombros, es á la larga todo enterrado por lo que de las laderas vecinas arrastran los chubascos ó por el limo de los ríos desbordados, año tras año, siglo tras siglo, y todo aplastado al peso implacable de lo que rellena, tapa y apisona. La historia vuelve de este modo una hoja más de su libro interminable, y la vida, nunca ociosa, encuentra sobre la tierra otra página en blanco para escribir en ella un nuevo capítulo con las hierbas y los árboles cuyas semillas trajo el viento, ciego sembrador.

Así el suelo que pisamos es en muchos parajes la mortaja del arte antiguo y de la historia. Un cuchillo enorme que levantara, cuidadoso, toda la delgada pero extensa capa de tierra que separa lo vivo de lo muerto en los pueblos de hoy dejaría al aire la enorme osamenta de remotas civilizaciones madres.

Y, sin embargo, largos siglos pasaron distraídos junto á ruinas que hubieran podido ser elocuentes y muchas generaciones pisaron ignorantes la tierra ocultadora de profundos secretos de los hombres, sin que asomara el deseo de saber ni se gustara del placer de admirar. Fué necesario que graves acontecimientos hicieran cambiar de sitio el peso de la mentalidad humana, inclinando la balanza hacia Occidente, y que el mundo, dormido sobre la almohada aristotélica y soñando con el *trivium* y el *cuadrivium* de las Universidades cristianas, empezara á despertar, aun antes de que se viera sorprendido por el estrépito de la pólvora y el rechinar de la prensa, para que los viejos manuscritos trajeran á las primeras gentes del renacimiento el so-

plo del alma antigua (1). Entonces se realizó la paradoja de que con el saber ya muerto, inoculado, se diera nueva vida á las generaciones cuatrocentistas tullidas por la pereza medioeval, y entonces fué también cuando las columnas derribadas y las estatuas rotas, asomando por entre la tierra húmeda, se convirtieron en testimonios de otra vida lejana que se empezó á conocer mejor. Ganó la historia y el arte no perdió, porque pudo renacer magnífico y soberbio y extender sus alas con iguales bríos que en aquella edad lejana en que, como dice Rodin: «todo el ensueño humano podía caber en el frontón de un templo» (2).

Y la casualidad, pródiga y fecunda, como si tratara de probar al hombre lo injusto de su olvido y el deber en que estaba de admirar lo enterrado, empezó á parir, por entre el suelo removido de regiones que la historia hizo sagradas, clásicos bustos de antiguos actores de la comedia humana, torsos desnudos que parecían estremecerse al contacto de las manos profanas que palpaban torpes el mármol y el bronce, joyas y monedas babeadas por las lombrices del humus, restos de aquellas ciudadelas que los hombres levantaron antes de conocerse el alfabeto y basamentos descuajados de templos en que los animales fueron dioses y los sacerdotes, sabios: las primicias del espléndido tesoro arqueológico de hoy.

Durante los tiempos del Renacimiento una larga serie de hallazgos fué el pasto de los curiosos y de los hombres de estudio. El *Apolo* elegante, de actitud teatral, que, llevado al patio del Belvedere está enseñándonos la torpeza con que Montorsoli restauró su mano derecha, fué encontrado en Porto Ancio. Topóse también por entonces, en 1506, y en las ruinas del palacio de Tito, con el gran grupo de Laoconte y sus hijos, ensalzado por muchos á la altura de una obra maestra de la épo-

(1) H. S. Chamberlain en su obra *Grundlagen des XIX Jahrhunderts* fija en el siglo XIII la época en que aparecieron «los signos, seguros anunciadores de que empezaba á edificarse un mundo de formación inédita sobre las ruinas del antiguo.»

(2) A. Rodin. *L'Art. Entretiens reunis*, por P. Gzell. Paris, 1912.

ca helenística como suprema expresión del dolor, que hizo meditar á Lessing, que discutió Schopenhauer y que antes ridiculizó Ticiano. El *Toro farnesio*, que es el suplicio de Dirce, atada cruelmente por los hijos de Antíope, salió á pedazos de los escombros de las Termas de Caracalla, en 1546, para asombrar á las gentes de aquel siglo fecundo en resurrecciones arcaicas y creador de la divina luz que iluminó el alma de los más artistas de los Papas y de los más famosos de los artistas. La *Quimera*, de pelos erizados, hallada en Arezzo en actitud de esperar al Bellofonte que la venciera, surgió en 1554. Los primeros fragmentos conocidos de aquella soberbia *Ara pacis*, que el Senado levantó en el Campo de Marte para honrar á Augusto, se descubrieron también en el siglo XVI; en el mismo en que habían de ser saludados por el sol en Porta Maggiore de Roma, después de un sepelio varias veces secular, los trozos de *Menelao con el cadáver de Patroclo*, que compró Cosme I de Médicis y restauraron mucho después Tacca y Salvietri. Así como se extrajeron de las ruinas enterradas del templo de Isis y de Serapis las hermosas representaciones del *Nilo* y del *Tiber*, formas estatuarias de la tranquila fortaleza al par que de la gracia y travesura infantiles. Por todas partes, en aquellos tiempos del arte redivivo, la reja del arado, la pala ó el azadón sacaban á diario las migajas que el tiempo reservó del festín antiguo, de esa tierra de Italia á la que se dirigía Virgilio en sus Geórgicas: *Salve, magna parens frugum, saturnia tellus, magna virum.*., y á la que también pudiera llamarse, como á Grecia, arca de ocultos tesoros.

Y los siglos posteriores no fueron menos fecundos, ni en ellos lo fortuito menos dadivoso. A principios del siglo XVIII, en 1713, unos jornaleros del Príncipe de Elbeuf, Manuel de Lorena, al cavar en la tierra para hacer los cimientos de una casa de campo, rompieron con sus picos la bóveda de un templo sepultado por la lava del Vesubio al que habían petrificado lentamente diez y siete siglos: fué el primer boquete por don-

de entró un torrente de luz en la hermosa Herculanium muerta ó dormida: el arte tocó á gloria ante aquel brusco resurgir de toda una ciudad antigua con sus rectas calles, sus ricas mansiones, sus estatuas, sus pinturas, sus pergaminos y sus mosaicos. Treinta y cinco años más tarde, los labradores que cultivaban una viña en cierto lugar de la Campania, entre el volcán y el mar, toparon con los restos de otra ciudad enterrada; de aquella vieja Pompeya que no acertó á descubrir Fontana, el arquitecto, cuando en el siglo XVI atravesó, sin conocerlos, los muros de sus casas para construir un conducto subterráneo que llevara á Torre Anunziata el agua del Sarno.

La casualidad tiene burlas crueles: también puso en las manos de un tosco campesino de la antigua Melos el maravilloso cuerpo de la manca divina, impregnado de augusta serenidad en su noble reposo, y que sólo necesita sus ausentes brazos para decirnos si es la Afrodita de los ensueños sensuales ó la fuerte Anfitrite, reina del mar; ¿qué había de saber el pobre isleño de la vida oculta en ese mármol, que asoma poderosa á la boca plegada por el cincel y que dibuja ondulante el pecho tenso y la curva de las suaves caderas?

Y siguió llenando las salas de los museos la suerte de los que arañaban la tierra con otros fines. La cabeza del sórdido y feo *Sócrates*, hallada en Villa Albani; la del hermoso y varonil *Pericles*, que lleva en su mirada, bajo la visera del alto casco griego, el resplandor de aquel siglo que llenó con su nombre, sacada al remover la tierra de otra villa junto á Tívoli: el *Apolo musagetes*, pulsando la lira y en actitud de marchar; el *Sauroctonos*, descubierto en el Palatino, desnudo, grácil y esbelto; el *Discobolo*, en el Esquilino, que es una instantánea del movimiento hecha en piedra: un mundo antiguo, en trozos dispersos, continuaba surgiendo cual si el arte de remotos siglos deseara presentarse á nuestros ojos en piezas curiosas de un enorme rompe-cabezas á fin de intrigar más nuestra mente.

¿Para qué cansaros? Entonces y ahora, en nuestros días,

allá y aquí, en todas partes, ha sido la casualidad generosa proveedora de colecciones y de libros, desde uno de los museos más antiguos del mundo como el creado en el Capitolio por el Papa Sixto IV para el municipio de Roma, hasta las diversas clases de *Corpus* que la arqueología dedica al inventario de sus riquezas. No hace mucho, en 1872, al echar abajo en el Foro romano un torreón antiguo y descombrar el suelo, ¿no aparecieron los relieves de lo que luego interpretó Boni como los restos del *Pluteus* del Tribunal de Trajano? ¿No es de 1863, casi de ayer, el encuentro de la robusta figura de Augusto, recogida á pedazos entre los escombros de lo que fué casa de su esposa Livia? ¿No se extrajo del suelo en 1880, hace sólo treinta y cinco años, cerca del gimnasio Varvakion de la Atenas moderna, otra estatuilla en mármol que se cree copia de aquella gigantesca Pallas del Partenon de doce metros de altura, con esqueleto de madera, carne de marfil y pesado ropaje de oro, y hermana de aquella otra, más grande, de la Athenea Promakos colocada en la alta planicie de la Acrópolis y á la que, según Pausanias, saludaban con alegres gritos los navegantes, cuando, después de doblar el cabo Sunion, ya en el golfo surónico y en aguas de Egina, distinguían las cimeras de su casco y la punta de su lanza teñidas de rojo por el sol naciente? ¿Se puede olvidar que, no ha mucho también, fué descubierta por el cónsul Champoiseau en la isla de Samotracia la hermosa *Victoria* hecha en recuerdo de la obtenida por Poliorcetes, que hoy se alza gallarda en el Louvre, en actitud de hermosa visión voladora, suspendida casi en el aire por sus batientes alas y como si, empapada en la humedad del mar, lleværa pegada al cuerpo por la brisa del Egeo la túnica flotante?

*
* *

A tantos *hallazgos* fortuitos de la que pudiera llamarse época empírica de la arqueología uniéronse los *descubri-*

mientos que la tradición, la leyenda, el poema ó la historia, dirigiendo á la piqueta inteligente, han dado á luz.

No podían el sabio y el artista entregarse sólo al acaso: había sido éste ya sobradamente dadivoso é indicado bien lo que convenía hacer al obligar á la tierra á abrirse y echar fuera lo que el viejo tiempo le había dado en depósito. El apetito de descubrir con fruto nació y creció sobremanera; hiciéronse catas, abriéronse zanjas por todas partes donde el suelo podía tener secretos, y el éxito respondió cumplidamente á los acometimientos de la investigación espoleada por la curiosidad. El Foro romano fué el primer rincón que empezó á registrarse con cuidado. ¿Cómo no, si podía tenersele por el verdadero ombligo de la historia antigua así como lo era de la ciudad? Y desde el fin del siglo XVIII y comienzos del XIX en que los nombres de Nibby, Fea y Fiorelli iban unidos á las primeras pesquisas, hasta nuestros días, con iniciativas de ministros como Baccelli, eximio catedrático y eminente médico que supo también amar las letras y las artes, y autoridades como la de Lanciani, Boni y tantos otros, se ha estado escarbando con inteligencia y con amor la tierra que el tiempo amontonó sobre las losas holladas por ciudadanos engendrados de leyes y soldados ahitos de gloria, y en el mismo dilatado espacio que llenó la voz de Cicerón desde los *rostra*, allí donde más tarde el negro rencor de Antonio había de clavar su cabeza, cuya lengua atravesara antes el alfiler de Fulvia.

Y á Egipto tocó su vez de ser escudriñado al recibir con las armas de Bonaparte el soplo de la cultura francesa, enamorada de momias y pirámides. Y ese país, del cual dice Lucy Duff-Gordon que es un palimpsesto, porque en él se ha escrito la Biblia sobre un trozo de Herodoto y el Corán (1); ese país, que se presentaba mudo á la interrogación, obscuro como su vida asombrosamente larga, inmóvil y petrificado en la actitud

(1) *Letters from Egypt.*

de sus estatuas de granito, se dejó robar el secreto de la piedra trilingüe de Roseta y por aquel desgarrón de su lenguaje vió entrar atrevida la indiscreción de los sabios. Los Champollion, Rossellini, Lepsius, Ebers, Mariette y Maspero lo invadieron y recorrieron todo; vaciaron la arena de monumentos más antiguos que Abraham; registraron los sillares grabados; hurgaron por las fúnebres galerías; bajaron á oscuros pozos que aún debían oler á las resinas de los cadáveres fajados; deletrearon y entendieron los papiros, y, con todo ello, se apoderaron así de cinco mil años de historia en que cabían, muy holgadas, veintiséis dinastías de reyes y una enorme mezcla de autóctonos, hicsos, etíopes, persas y romanos, que las invasiones y la guerra hicieron á golpes y con sangre en la cuenca de un gran río. Cuando Maspero, en Junio de 1886, desnudó en presencia del Kedive á la momia de Ramses II, de aquel Sesostris llamado *el grande*, la despojó de sus apretadas bandas y puso al descubierto su cráneo estrecho, su nariz encorvada y los contados dientes de chacal que asomaban por entre la pasta bituminosa de que estaba llena su boca, profanando así en nombre de la ciencia la majestad faraónica del viejo Egipto, debieron conmoverse los cimientos de aquella tierra que alguien ha llamado "la madre de los hombres" (1). Razón hubiera habido para ello, porque las momias dejaron de ser fantasmas para convertirse desde entonces en capítulos de historia, como antes los jeroglíficos habían dejado de ser dibujos para tener una gramática.

Las llanuras arcillosas regadas por dos ríos sagrados en la vida del mundo, el Tigris y el Eufrates, habían atraído también hacía tiempo al ardiente deseo de saber y á la noble aspiración de sentir la belleza arcaica. Nínive fué buscada ansiosamente por Rich; veinte años más tarde la creyó encontrar Botta palpando á través de montículos informes las piedras del pala-

(1) Elie Faure. *L'histoire de l'Art*.

cio de Sargon en la famosa Dursciarruchin, junto á Korsabad, por aquellos mismos años en que sacaba á luz Layard las ruinas de Kalach, y luego después, Taylor, Rassam, Loftus, Hilprecht, Peeters, Fresnel, Opper y muchos otros entregaban con sus trabajos á las miradas de los hombres de hoy los prodigiosos cimientos y los restos de ladrillos, piedras y bronces de aquellas ciudades asirias, que eran por su extensión asombro de los tiempos de Herodoto: mientras hacía ya siglos que, destrozada por la barbarie musulmana, la Persépolis de los Aqueménides, cuyo brillo apagó de un soplo Alejandro el macedonio, había esparcido en la llanura, con sus restos, el recuerdo de la pujanza antigua. Por eso cuando Sarzec tuvo la suerte de abrir el escondrijo del arte babilónico que la colina de Tello encerraba, pudieron regocijarse todos los que sienten la emoción de estos descubrimientos: se había enriquecido pasmosamente la serie de aquellos cilindros y ladrillos con caracteres cuneiformes que empezó á descifrar Grotefeld hace más de un siglo y que hicieron revivir la Biblia; de aquellos colosales toros alados antropocéfálicos que guardaban formidables la entrada de los palacios; de aquellos maravillosos relieves de caza en que el dibujo no pudo dar ya más vida al jinete lanzador de flechas, á la fiera herida y jadeante y al rey de la barba larga, cuadrada y rizada, que estrangula al león con la tiesura fría de un dios que mata; de aquellas estatuas membrudas con músculos hipertrofiados, emblemas de la fuerza bruta, y de aquellas placas barnizadas de colores por donde parecen deslizarse más que andar las águilas y los leones estilizados del friso de Korsabad y los arqueros sayones del palacio de Artajerjes, hieráticos y solemnes.

* * *

Al mismo tiempo empezaban á ser extraídos del suelo los restos de la antigua vida artística del pueblo que, siendo el más grande de la historia, logró caber en el rincón más pequeño de

la tierra: Grecia. Doblada ésta bajo el peso del yugo musulmán, pudo ofrecerse al apetito de los investigadores tan pronto como tuvo sueltos sus miembros, dormidos antes por largos siglos de servidumbre. En 1824 había ya dado Stanhope á la prensa en Londres su libro sobre Olimpia después de una visita hecha á sus escasas ruinas visibles, que le permitió fijar la situación del célebre templo de Zeus. Pero entonces no se tenía clara idea de lo que aquel campo, regado por el Alfeo, había sido en épocas de lejano esplendor, ni podía soñarse en lo que más tarde otros exploradores habían de encontrar allí.

Poco tiempo después, la comisión francesa enviada á Morea en 1829 contribuyó á sacar del olvido el recuerdo arqueológico del sagrado recinto del Altis, junto al cual se celebraban los famosos juegos olímpicos que sirvieron durante mil años como medida del tiempo y compás de la historia (1). Constituyeron, sin embargo, estas pesquisas sólo modestos ensayos. Era la época en que, antes que la escuela francesa de Atenas empezara á dar maduros frutos, los románticos *atenianos*, según dice Rodet, más iban á Grecia como soñadores embriagados de poesía que como artistas eruditos ó historiadores ávidos. «En 1849 Gondar y sus colegas pasaron ocho días en el valle del Eurotas, sin otra ocupación que la de recordar á Leónidas y Licurgo, escuchar el ruido de las cascadas y contemplar desde lo alto de las soleadas pendientes del Taijeto el islote testigo de las debilidades de Elena» (2). Mareábales, sin duda, el vaho de aquella tierra engendradora de dioses, filósofos y artistas. Más tarde, en 1853, Beulé fué uno de los que abrieron la serie

(1) En el siglo VI fueron destruidos los principales edificios de Olimpia á consecuencia de un terremoto que produjo también el deslizamiento de una gran parte del monte Kronion y una inundación del río Kladeos. Los ríos Kladeos y Alfeo cubrieron luego el llano, por inundaciones repetidas, con una capa de arena de cuatro y cinco metros de espesor. Las obras para descubrir las ruinas han costado cerca de un millón de francos.

(2) José Ramón Mélida. *Viaje á Grecia y Turquía*. "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1898.

de los investigadores metódicos; intrigado por el deseo de encontrar el acceso á la Acrópolis de Atenas, consiguió poner al descubierto la subida á los soberbios Propileos de Mnesicles, á aquellos magníficos pórticos por donde desfilaban las solemnes procesiones *panateneas* para llevar el peplos bordado por las vírgenes elegidas en la fiesta de la *arreforia* á la diosa que había dado á la tierra el olivo, al labrador la carreta, y que, después de vencer á Poseidón, se había constituido en guardadora del Atica bajo la sombra de su casco de oro montado por tres cimeras aladas (1).

La señal de grandes descubrimientos parecía haber sonado. El sabio Lenormant inició el resurgir de los restos de la antigua Eleusis, la de los misterios de Demeter y Persefone, en la misma llanura de la que salieron extrañas y estruendosas voces oídas en toda la tierra de Triasia, y en que se levantó nube espesísima que huyó hacia el mar, como un aviso sobrenatural de la victoria de Temístocles el día memorable del combate naval de Salamina (2). Los griegos de 1882 á 1889 completaron los trabajos de Lenormant y á Philios se debieron los resultados de mayor relieve. Casi al mismo tiempo el Gobierno alemán gastaba enormes sumas en las nuevas excavaciones de Olimpia, dirigidas durante seis años, del 1875 al 1881, por Ernesto Curtius y Adler, sacando á luz los restos del Ereo construído en el siglo VII a. de J. C., los cimientos y las ruinas enterradas del templo de Zeus, del de la *Méter-megale*, de la palestra y del gimnasio, del gran estadio de 192 metros, de los lindos templetos llamados Tesoros, del Pritaneo, de cuanto constituía aquel centro de los nobles deportes con que se intentaba realizar el sueño griego

(1) *L'Acropole d'Athènes*. Beulé, 1862. Paris.

(2) Plutarco. *Las vidas paralelas. Temístocles*.

Gobineau se ha dejado llevar por una parcialidad manifiesta en contra de los griegos en su *Histoire des perses*, al hablar de la batalla de Salamina, cuya importancia trata de rebajar. Verdad es que Gobineau dice de la historia griega que "es la más preparada de las ficciones del más artista de los pueblos".

de educar almas sanas en cuerpos vigorosos. Y de allí salió, el 8 de Mayo de 1877, la obra prodigiosa de la estatuaria de Praxiteles, el *Hermes* mutilado, de elegante y fino cuerpo desnudo que no excluye la fortaleza viril, asombro de cuantos pueden contemplarle, y cuya imagen estampó en sus billetes de Banco la Grecia moderna como timbre glorioso de su pasado remoto (1).

Con frecuencia plausible acompañaron y siguieron á estos descubrimientos otros que se debieron á la investigación de sitios señalados por la tradición ó por la historia. Los esqueletos de construcciones arcaicas volvieron á ver la luz, maltrechos y fragmentados, pero enseñando lo bien que había sabido ser la tierra fiel depósito de reliquias artísticas venerables, conservándolas lo mismo que se conserva entre las páginas de un libro, que haya de tardar en abrirse largos años, la flor aplastada y seca de un tierno recuerdo.

Los franceses, inspirándose en Pausanias, encontraron debajo de las casas expropiadas del pueblo de Kastri el recuerdo en piedra de la antigua Delfos, los restos del célebre templo de Apolo, del estadio, de las columnas votivas y del teatro, en ese rincón árido y triste sobre el cual gravita la pesadumbre de los montes Fedriades de enormes peñascos, y que define Luis Bertrand, "santuario misterioso oculto en los repliegues de una montaña áspera", que "aparece como la imagen viva de la conciencia interior y secreta de la Hélada" (2). Ningún sitio mejor para servir de abrigo bajo la tierra á estatuas como aquella dedicada por los argivos, reminiscencia egipcia, ó la soberbia del *Auriga*, que por la túnica cayendo larga y pesada hasta los pies, la enérgica actitud de su diestra sosteniendo las riendas, sus ojos animados por fuego secular aún encendido, da la ra-

(1) José Ramón Mélida. *Loc. cit.*

(2) Louis Bertrand. *La Grèce du soleil et des paysages. Le livre de la Méditerranée.* 1911-5.ª edición.

zón á Faure cuando la llama "teorema de bronce" (1). Bien acompañó la fortuna á los franceses Foucart, Haussoullier y particularmente á Homolle (2) al excavar en el sitio del sagrado oráculo apolíneo junto á la fuente Castalia grata á los poetas (3). Y juntamente con Delfos y con Olimpia renació el Pérgamo asiático por la piqueta de los alemanes Conze y Humann, de 1878 á 1886, y dió también sus frutos Creta, en 1900, gracias á la Misión arqueológica italiana que dirigía Halbherr trabajando sobre la colina de Faístos en la llanura de Messara, y á los ingleses de Evans, donde se alzó la antigua Cnosos del rey Minos en la fabulosa época que marcó una de las civilizaciones mediterráneas más antiguas, cuando el hierro no era aún conocido del hombre. Un arte nuevo, el arte minoeniano ó cretense nació en aquella isla llamada por la geografía á ser el lecho nupcial del Africa y del Asia, para cuyos ayuntamientos artísticos hizo quizás Fenicia, con su comercio, oficio de tercera complaciente.

Y los trabajos de Creta casi habían coincidido con los de Cawadias en la Acrópolis de Atenas. ¡Hermosos días aquellos de los años 1881 al 87 en que, removiendo el suelo que formaron veinticinco siglos antes los escombros de las construcciones de Pisistrato arrasadas por Jerjes, y sobre los que se habían levantado después los edificios de Pericles, vieron la luz los trozos del viejo *Hecatompodon*, con las cabezas del *Tifon tricorpóreo* que llevan la bestial sonrisa de gigantes satisfechos encuadrada por la barba azul de la policromía primitiva, y fueron descubiertas las figuras de las *Orantes* del viejo Partenon, en las que caen las crenchas de la cabellera sobre el imation rico y anima el rostro una sonrisa que puede tener tanto de

(1) Elie Faure. *Loc. cit.*

(2) H. Homolle. *Fouilles de Delphes*. París, 1902.

(3) El Gobierno francés ha gastado cuantiosas sumas en descubrir las ruinas de Delfos: casi todo el pueblo de Kastri ha tenido que ser expropiado, derribadas sus casas y construídas en otro sitio.

enigma turbador como de tranquila beatitud dada á la hembra por la plena posesión de una virginidad intangible.

También á Homolle debió la isla de Delos, amada de Apolo, ser objeto interesante de estudio algunos años después de haber descubierto Labégue el antro sagrado del monte Cyntho (1). Y con éstos surgieron otros descubrimientos. El suelo de Grecia continental, de la orilla asiática bañada por el Egeo, de sus islas todas, atrajo á los sabios y á los artistas de los países cultos con el cebo gustoso de ricas cosas ignoradas. Un hormiguero de excavadores, deseosos de iluminar rincones oscuros de la historia antigua y de ilustrar páginas del arte á medio escribir aún, arañó la tierra por todos lados. Hasta las necrópolis olvidadas de Tanagra y de Mirina pusieron en manos de los Rayet y los Reinach muchedumbres de graciosas figurillas que han llenado las vitrinas de nuestros museos, como muestras de un arte coquetón y elegante, risueño y gentil, dejadas en el fondo de los sepulcros á guisa de mueca burlona hecha por la alegría del vivir al dolor de la muerte. Las soberbias estatuas de Scopas y de Praxiteles tuvieron desde entonces sus remedos en los pequeños barros de los coroplastas de Beocia y de Eolia, representaciones del arte grande achicadas, diminutas y finas como vistas por unos gemelos del revés.

* * *

Pero todo esto, con ser tanto para noble recreo del espíritu y útil esclarecimiento de siglos remotos, no fué nada ante la obra colosal de Enrique Schliemann. La arqueología de acción, la del que excava y descubre aún más que la del exegeta que traduce y explica, no han tenido nadie que le igualara: corta será siempre la medida para el elogio que merece. El ilustre

(1) Las últimas excavaciones se han hecho en Delos por Holleaux, y han sido costeadas por el duque de Loubat.

escudriñador del cerro de Hissarlik en la llanura troyana probó bien de qué enorme peso es en nuestras acciones el martillo de la voluntad, y al mismo tiempo cuán robustas y vigorosas crecen las ideas sembradas en la infancia cuando el cerebro, en cuyos grises surcos se dejaron, es de los incubadores fecundos (1).

Su padre, un pobre pastor de almas en un rincón del Meclemburgo Scheverein; él, Enrique, un chiquillo débil, enfermizo, amante de lo maravilloso y atormentado por las consejas sobre el estanque de Silberschälgen y por la idea de los tesoros escondidos en el castillo de Hünengrab. Fué la Iliada manjar intelectual de su niñez; así se habituó á ver en Homero el dios creador de divinas fábulas. Uno de sus héroes admirados, Aquiles, el de los "pies ágiles", el *podarques* del poema, muriendo del flechazo de Páris junto á la puerta Scea. Los relatos de la historia antigua, que en boca de su padre estimulaban su fantasía, creaban en ésta el poder megascópico con que ciertas almas engrandecen sin mesura á los hombres muertos y á las cosas pasadas. La idea de que una ciudad como la del rey Príamo no podía morir sin dejar raíces inmortales enterradas llegó á incrustársele en el espíritu para no desaparecer jamás. A los diez años de edad, con aquella muchachuela Minna objeto de sus amores infantiles, hablaba ya de descubrir sus ruinas cuando después de casados recorrieran el mundo á modo de aventureros ansiosos de hallazgos en tierras de inmortal memoria. Así se educó y creció el que más tarde había de ser el descubridor de la Troya quemada, al revolver los escombros de una colina junto á aquel Escamandro de los viejos cantos. Y á través de los azares de su existencia no le abandonó un momento la idea de ser, nuevo soldado de una cru-

(1) "La obra de mi edad madura ha sido consecuencia natural de las impresiones de mi primera infancia". H. Schliemann. *Troja*. Leipzig. F. T. Brockhaus, 1884.

zada de historia y de arte, el que fuera á Oriente á sacar de la tierra endurecida por los siglos las piedras troyanas.

Mancebo á los catorce años de una tienda de especias en Fürstenberg, vendía arenques y manteca sin olvidar á Homero; náufrago en el mar del Norte en una intentona de viaje á América; mísero mozo de oficina en Amsterdam más tarde; sacudido duramente por la suerte sin que ésta le abatiera, por ser de los que creen que el menor de los males de este mundo es el de luchar cuerpo á cuerpo con la desgracia en vez de huirla; subiendo con infatigable ardor la penosa cuesta de la vida; aprendiendo lenguas por las pocas rendijas que dejaba al ocio su empleo de tenedor de libros en la casa de los Schröder de Amsterdam; atacando el idioma ruso después de vencer al inglés, al francés, al holandés, al español, al italiano y al portugués, como luego había de atacar al polaco y al sueco, al griego moderno y al antiguo, al latín y al árabe, sin gramática y sin maestro, á modo del que descifra jeroglíficos al traducir palabras extrañas; en el desaliento un día y en la esperanza otro, la marea creciente de su trabajo le llevó al fin á la riqueza y, cuando ahito de millones ganados por su esfuerzo pudo considerarse libre, viajó mucho, se consagró de nuevo al estudio y volvió á engolfar la voluntad en los textos de sus viejos clásicos. De ellos debió levantarse la sombra de aquel Homero, que doró la poesía de su infancia, para pedirle el cumplimiento de su promesa antigua. No fué sordo al requerimiento del recuerdo, y, á Oriente marchó con la *Iliada* y la *Odisea* bajo del brazo, presto á realizar su ensueño de niño con cuanto pudiera tener para ello su fortuna de hombre.

Durante doce años en que debió gastar ¡muchos centenares de miles de francos! (1), Schliemann se dedicó á descubrir

(1) Defendiéndose de los que le censuraban porque gastaba en investigaciones arqueológicas el capital que debía dejar á sus hijos, nos hace ver en su obra *Troja*, ya citada, cuál era la renta anual de su fortuna; 100.000 francos que le daban sus cuatro casas de París y 150.000 francos los valores públicos

piedras y á desenterrar á Homero, que él calificaba de “sol radiante de la literatura entera”, y á aquel Pausanias, periegeta ilustre, que con el antiguo relato de sus viajes por Grecia le sirvió de provechoso guía. Y, con una fe que llegó á ser admirable y un olfato de excavador que resultó finísimo, hizo que “la imaginación condujera á la piqueta” como dijo Virchow (1) y que el poema intentara salir trocado en historia de los escombros de Hissarlik. Acometió el cerro por varias partes con sus hombres; lo atravesó en direcciones diversas; lo rajó de arriba abajo por cortes desmesurados, por zanjas anchas y profundas que tocaron á la roca viva después de muchos metros de ahondar, y, abriendo en canal la colina repleta de arte y de historia, volcó al aire las entrañas de varias ciudades superpuestas: un panal humano que habían labrado varias civilizaciones y que la fe tenaz de un solo hombre hendió y separó á fin de curiosear una vida oculta durante más de treinta siglos. La segunda ciudad, empezando por abajo, guardaba la señal de un fuego ardiente en sus piedras calcinadas, en las verdes losas de esquisto de sus pavimentos, en las masas informes de ladrillos hechos de arcilla vitrificada y en sus cenizas pétreas. Debíó de ser un terrible incendio el que, además, soldó las puntas de las lanzas, fundió el oro de las joyas y violentó, retorciéndolos, los puñales y los escudos de bronce que Schliemann

que poseía: total 250.000 al año, de los cuales gastaba unos 125.000 en sus trabajos de excavación y sus viajes. No se conoce otro con igual desprendimiento por tan noble causa.

(1) Dr. R. Virchow. Prefacio á la obra *Troja*, ya citada anteriormente.

Perteneció Virchow á los hombres de ciencia que encuentran tiempo, aparte del destinado á sus peculiares estudios, para entregarse al de las letras y las artes. Como Baccelli en Italia, fué también el ilustre médico un consumado político, y su figura venerable se destacaba en el Reichstag con igual relieve al frente del partido liberal del Parlamento que en su cátedra de la Universidad de Berlín, donde tanta gloria alcanzó. Sus trabajos de arqueología fueron notables, y como prueba de esto pueden citarse la *Introducción* á la obra *Troja* de Schliemann y los apéndices; uno de ellos sobre *Troja und Hissarlik* merece leerse por el encanto de su estilo y por los conocimientos de literatura é historia antigua que revela.

encontró. ¡Aquella ciudad *quemada* era la Troya de sus ansias infantiles! ¿Qué importa que haya quien lo ponga en duda? Virchow dijo bien: las excavaciones de Hissarlich “tendrían siempre valor aunque no hubiera existido la Iliada“. De las ruinas y cenizas memorables de aquel cerro surgió todo un mundo antiguo, que, aun sospechado antes, nadie pudo soñar en coger con la mano. (1)

Y entretanto alternaba el ilustre arqueólogo las excavaciones de la Troada con las de las ruinas de Micenas, de aquel lugar de crímenes que dió personajes á la tragedia griega; y allí el milagro igualó al de Troya (2). La sala miceniana del Museo actual de Atenas encierra con el *tesoro* llamado *de los Atridas*, que las catas inteligentes de Schliemann descubrieron cerca de la puerta de los Leones, una de las páginas más interesantes del arte proto-histórico: en aquellos mascarones de oro parece dormir el eco de la voz de Agamenon: y, á no ser por el fuego de la pira funeraria, quizás se vieran en los collares, diademas y corazas manchas de la sangre derramada por el puñal de Egisto. (3) Y á Micenas se unió Tirinto, la de los enorme muros de piedras increíbles que fueron causa de que diera Eurípides á la Argólida el nombre de *tierra ciclópea* (*gea kuclopia*), como Homero había llamado *polidipsion* por su aridez y sequedad á

(1) Dörpfeld rectificó, por excavaciones hechas desde 1890 á 1894 en la misma colina de Hissarlik y á expensas del emperador Guillermo, la afirmación de Schliemann. Este revolvió las ruinas, no de seis, sino de nueve ciudades, y la Troya no era la segunda empezando por abajo, sino la sexta. Los trabajos de los alemanes en la citada colina pueden citarse entre los más notables de excavaciones arqueológicas.

(2) *Mykenæ*, Leipzig. F. A. Broakhaus. 1878.

(3) Schliemann descubrió las tumbas que él supuso ser de Agamenon de Clitemnestra, de Casandra, etc., en 1876 y 77, siguiendo las indicaciones de Pausanias; los trabajos fueron continuados más tarde por la Sociedad arqueológica de Atenas, de la que ha sido secretario general Cawadias, ex-eforo general de antigüedades. En las tumbas se hallaron hasta 17 esqueletos con multitud de objetos de oro, como diademas, máscaras, pectorales, collares, cinturones, puñales incrustados, de una época remota que pudiera remontarse á quince siglos antes de J. C.

la llanura de Argos que conoció á Heracles, tierra de hermosos caballos dignos de competir con los ligeros de Tesalia. Y á los deseos de estudiar á Tirinto se unieron los de escudriñar Itaca, la isla del prudente Ulises que era para Homero “erizada de estériles peñas“, donde el infatigable explorador sólo pudo atisbar los restos de una ciudad antiquísima, diseminados y ocultos en las rudas pendientes del Aetos. Y no se hartó su curiosidad infatigable, y fué á Orcomenes á investigar el tesoro de Mynias (1), y quiso llegar quizás al agotamiento de su ansia yendo al montículo que se levantaba en la llanura de Maratón, supuesta tumba de los atenienses muertos contra los persas. (2) Nunca se vió mayor actividad ni pudo admirarse con más justicia la decidida inclinación á hurgar la tierra para descubrir algo en ella. Los restos dispersos de la Grecia antigua parecían galvanizarse todos al ser removidos por el arqueólogo como se escarba un montón de desperdicios cuando se busca en él ansiosamente una alhaja extraviada.

*
* *

¿Podía ser España indiferente á esta suerte de pesquisas teniendo un suelo formado por tantas capas de la historia? ¿Qué muchedumbres no dejaron aquí la huella de su paso ó el sedimento de sus avenidas? Hay bajo de nosotros muchas hojas del libro de los siglos, rotas, maculadas, esparcidas, pero de tal modo numerosas, que apenas pasa día sin que levante á alguna la reja del arado, deje ver á otras el azadón que abre caminos, ó las halle el sabio que supo adivinarlas; porque en esta tierra nuestra no existe rincón golpeado por el pie que no responda

(1) *Orchomenos*. Leipzig.. F. A. Brockhaus, 1881.

(2) No es justo H. S. Chamberlain al decir que la batalla de Maratón fué una escaramuza sin importancia, tomando las palabras de Mahaffy “á very unimportant skirmish“ en su obra *A Survey of Greek Civilisation* 1897. La *escaramuza* hizo reembarcar al ejército persa precipitadamente y dejó por entonces libre á Grecia de sus temibles enemigos.

con el eco dormido de los pueblos sobre cuyas ruinas hemos levantado las ciudades y hemos sembrado los campos.

Desde la *bicha* encontrada en Balazote, monstruo que recuerda el antropomorfismo de la fauna escultural de los asirios, hasta los hermosos capiteles bordados en mármol que han salido con los cimientos de los palacios árabes en que al pie de la sierra de Córdoba descansaba Almanzor de sus sangrientas correrías, ¡qué ricos trofeos de arte y de gloria hemos sacado á luz! Sagunto nos dió ya parte de los que tenía ocultos, reservando, avara, otros quizá, debajo de sus casas modernas ó en el seno del monte que llevó encima la acrópolis de los zazinios y en cuya falda aún levanta el teatro su descarnado esqueleto mirando á la llanura del Palancia por donde corrieron los caballos africanos de Aníbal. Numancia, su hermana en heroísmo, resucitó no ha mucho: adivinada antes por Ambrosio de Morales y el P. Flórez, fué Eduardo Saavedra quien la sacó de su sudario en la solitaria muela de Garray la mida por el Duero, y el alemán Schulten quien confirmo su identidad y pretendió haber hallado el rastro de piedras que la pusieron cerco; en esa tierra de Soria de las frías montañas y de los tupidos pinares, fuerte y duro riñón de nuestra Iberia, Numancia guarda el recuerdo de su valor legendario. No hay un palmo de tierra española que no tenga algo que enseñarnos. En el extremo que de los Pirineos se baña en el Mediterráneo nos dice la Ampurias de fenicios y de griegos cómo las violencias de la guerra antigua pudieron dejarle, por testigos de lo que fué, los restos de sus murallas batidas por el mar y sus curiosos mosaicos. Al otro lado de la península, en la Lusitania antigua, Mérida se siente orgullosa de los harapos de tanta ruina augusta, de los restos que fueron soberbios arcos triunfales, templos y palacios, cuidados ahora con amor por nuestro Mérida, que no cesa de revolver á diario aquel suelo cuajado de riquezas. Diligentes investigadores de la vida antigua se dedican á levantar la rota Itálica de su yacimiento de Santi-Ponce; cada golpe de azada

descubre un rico pavimento junto á los corrales en que rumian las bestias, indiferentes á las viejas glorias, ó en las colinas donde, cerca de las paredes del anfiteatro que trata de defender Amador de los Ríos, duermen bajo del suelo blancas estatuas destrozadas, á las que acarician las raíces de los olivos. Mientras, un poco más allá, en la misma Bética famosa, la gran necrópolis, que la suerte puso en manos de Fernández López y del inglés Bonsor, de la Carmona escogida por Galba para asilo y por Pedro el Cruel para escondrijo de sus tesoros, nos ofrece, con los centenares de sus tumbas, todo lo que la piedad antigua colocaba al lado de los cadáveres, dándolo en depósito á la muerte para que siglos después lo entregara ésta de nuevo á la vida (1).

Y aún había que sacar á luz otras ciudades famosas; por eso no fué olvidada Clunia, que dió ya al aire la fuerte nervadura de sus muros y las abiertas y desdentadas bocas de sus arcos: manos cuidadosas han recogido de ella junto á Peñalba de Castro y cerca de Coruña del Conde, mármoles, camafeos, armas y monedas de lo que fué en la España romana cabeza de dilatado convento; sus inscripciones enriquecen las páginas de Hübner y su *Diana*, rota, ocupa sitio escogido en uno de esos museos que son relicarios del arte y almacenes de gloria (2). De otro lado Tarragona nos sorprende á cada paso con hallazgos, como la antigua Illici, la Elche de hoy, enriqueció hace tiempo con centenares de objetos nuestro Museo nacional. Desgracia grande es que aquel busto de mujer con el her-

(1) *Necrópolis de Carmona*. Memoria de D. Juan de Dios de la Rada, 1845.

Obras de D. Juan Fernández López, de D. Manuel Salas Ferré y de don Jorge Boucon.

(2) En el siglo XVII unos frailes empezaron á desenterrar monumentos de la antigua Clunia. En 1716 visitó las ruinas el P. Florez.—Artículos sobre *Clunia* de D. Remigio Santos, 1846, "Semanario pintoresco"; del Sr. Arias de Miranda en 1868, "Revista de España", etc., etc. D. Narciso Sentenach ha dirigido las excavaciones por cuenta del Estado en 1913 y 1914 que ha continuado en 1915 D. Ignacio Calvo.

moso rostro encajado en los inmensos rodetes repletos de joyas que sacó de la tierra la azada al plantar un almendro, en 1887, haga vivo á todas horas en el Louvre el recuerdo de nuestro descuido; y culpa punible fué dejar pasar á extranjeras manos la que Menéndez Pelayo tenía como «joya incomparable del arte ibérico, tan pronto descubierta como perdida para España», viviendo ahora «lejos del radiante sol que alumbró su cuna», y á la que Pierre Paris llamaba «la reina, la bella, la grande, la majestuosa Dama de Elche» (1). Al menos, los monumentos illicitanos no han suscitado las confusas dudas ni planteado el difícil problema de las toscas y curiosísimas estatuas del Cerro de los Santos, de Yecla, enigmas de piedra atormentadores de arqueólogos y artistas, desde Saviron y Ruiz Aguilera, en 1873; pocas veces ha dado ocasión á tantas cavilaciones el arte antiguo exhumado como en esas figuras de sacerdotisas ó de *oferentes* que dejan ver en sus manos geométricas la huella de un cincel rudo de época inaseñalable (2). Y no paran en esto las pesquisas: Termancia se incorpora sobre sus piedras gracias á la solicitud y al interés del Conde de Romanones, Director de esta Academia, y en la antigua Gadex nos ayuda Pelayo Quintero á descifrar los secretos de los sepulcros púnicos; mientras no falta quien siga la pista de las calzadas que marcaban el itinerario de Antonino y que han dejado en nuestros campos trozos perdidos, como hilos sueltos de una red que el tiempo no pudo destruir del todo. Y para que el interés

(1) Ya en 1775 se hicieron excavaciones en Elche por D. José Caamaño, don Diego de Cuesta, D. Enrique García de la Huerta y D. Leonardo Soler. Encontró varias esculturas en 1803 doña Baltasara Martín Cortés. Luego se han hecho otras excavaciones; las más notables han sido las del Sr. Ibarra. El célebre busto llamado "La dama de Elche" fué hallado en 1887 por los trabajadores del Sr. Campellos.

(2) La primera noticia de estas ruinas del cerro de las Santos es la dada á la Real Academia de San Fernando en 1860 por D. Juan de Dios Aguado. El Sr. Amat hizo exploraciones en 1860. En 1870 fueron comisionados los Sres. Saviron y Ruiz Aguilera. En 1914 fué autorizado para continuar los trabajos D. Julián Zuazo.

sea aún mayor, nos ofrece Ibiza, en nuestros días, el prodigio de sus hipogeos de Ebusa, de Portus Magnus y de Talamanca, y los objetos interesantes de Puig d'en Valls, de la isla de Tri-cuadra y del templo de Es Cuyeram; las figuras de cerámica que despiertan á veces la remembranza del arte arcaico de los chipriotas, las bastas representaciones de las Astartés de barro y zarzillos de oro, los huevos de avestruz con pinturas, los escarabeos de finos grabados en ágata verde ó en cornarina, indican una antigua civilización que vino á oleadas desde las islas egeas hasta las nuestras, barriendo antes las costas de Egipto y de Cartago. Bueno sería que tal riqueza fuera vigilada y conservada á fin de impedir que la codicia, mayor á veces que el interés científico y el amor al arte, *dejara sus candiles* como hace siglos dejó olvidados los suyos la rapacidad árabe en el fondo de las sepulturas ebusitanas (1).

De todos modos consuela pensar que corre ahora por nuestra tierra un febril deseo de sacar á luz trozos de historia y arte antiguos, sepultados por el tiempo bajo aluviones seculares de guerras y de irrupciones. En ninguna ocasión pudo aplaudirse más este interés. La iniciativa particular inquiere y descubre y la acción del Estado, siempre tarda y perezosa, principia, aunque con tibieza, á alentar y proteger. No ha mucho, cinco años, por la iniciativa y bajo la dirección del arquitecto Velázquez se empezó á excavar en las faldas de la serranía de Córdoba y en sitio desde donde se domina la dilatada llanura del Guadalquivir, que vió formadas tantas veces las nutridas huestes de Abderramán III y de Almanzor, agitando por entre las brillantes lanzas aquellos estandartes que, según el cronista árabe, "no se veían alejar sino para marchar á la victoria" (2). De entonces

(1) Costa. *Estudios ibéricos*, 1891 á 1895.—Pérez Cabrero. *Ibiza*, 1909.—Román y Calvet. *Los nombres é importancia arqueológica de las islas Pythiusas*, 1908.

(2) *Al Bayam el Mogrib*.—En esta obra se citan estos versos del poeta Amr Ben Abul Habbab.

acá han ido saliendo de la tierra amontonada por el agua de las torrenteras durante tantos siglos y bajo de los almeces y las encinas de la dehesa los cimientos y paredes de palacios árabes que fueron nidos de sultanas y descanso de guerreros. Allí ha hecho surgir el azadón los restos de la deleitosa casa de campo de Almanzor, que Al Makkari (1) llamaba Muniat Alamiriya (el *ensueño de Beni Amir*), y donde el terrible caudillo tenía su fábrica de armas y la cría de aquellos famosos caballos, finos, ardientes y veloces que pasearon por nuestra pobre tierra en más de cincuenta expediciones la furia musulmana. Allí también han salido á luz las ruinas sepultadas de la ciudad de Azzahra, que era «una de las más espléndidas, más renombradas y magníficas» del Islam, en opinión del mismo Al Makkari (2); bien lo dicen las basas, los capiteles y los fustes de las lindas columnas halladas, los trozos de elegante ornamentación que acusa en el mármol de las paredes firme y robusto dibujo, y los fragmentos del sorprendente vidriado árabe del siglo x, que abre un capítulo nuevo en la historia artística del califato cordobés (3).

Injusticia sería negar después de esto un sitio honroso á los hermanos Siret, ingenieros belgas al frente de empresas importantes en Sierra Almagrera y autores de pesquisas inteligentes que han de contribuir á iluminar los primeros tiempos de nuestro pasado. Su notabilísima obra de 1887 que obtuvo el premio de 20.000 pesetas instituido en Barcelona por Martorell (4), como luego lo habían de merecer Pierre Paris en 1902 y el marqués de Cerralbo en 1912, fué seguida de varios trabajos sobre arqueología y más tarde de otra obra de mérito relevante con la que ha probado uno de los Siret cuán intenso puede llegar á ser el amor al estudio para dar indiscutible

(1) Traducción de D. Pascual Gayangos para la Sociedad asiática de Londres, 1840 y 1843.

(2) *Loc. cit.*

(3) Ricardo Velázquez. *Medina Azzahra y Alamiriya*. Madrid, 1912.

(4) *Les premiers âges du metal dans le Sud de l'Espagne*.

competencia en arduas materias (1). Hace años tuve ocasión de conocer á los ilustres ingenieros belgas y de visitar sus interesantísimas colecciones de las Herrerías en Cuevas de Vera, y pude admirar allí con la emoción casi religiosa que inspira la vista de lo que existió y revive, muestras desconocidas de lejanas civilizaciones, documentos fehacientes de cómo vivían nuestros remotos abuelos en inciertos y tenebrosos siglos. Desde 1880 hasta ahora una extensa zona litoral del Sudeste de la península, con lo que pudiéramos llamar su *hinterland* arqueológico y paleontológico, ha sido registrada por los Siret, desenterrando fósiles gigantescos del terciario, tumbas de hombres que existieron cuando aún dormía la crónica en las mantillas de la leyenda, estelas, armas, joyas, idolillos, piedras escritas; sacado todo del olvido cerca de los mismos abrigos de la costa donde al cebo de las minas de plata y de plomo «se amarraban, como dice Cartailhac, los barcos de Sidon y de Tiro, de Cartago y de Roma» (2). Pocas veces pudieron brotar del suelo al golpe de la azada más puras y ricas fuentes de arte, de poesía y de historia.

Pocas veces, sí; pero entre ellas sería imperdonable no citar todas cuantas han dado ocasión á que el marqués de Cerralbo ilustrara su nombre sacando secretos del negro fondo de los siglos á tirones de su fe y de su tenacidad admirables. Si la modestia de mi ilustre amigo, seguramente hiperestesiada como lo es siempre la de los hombres de verdadero mérito, no se sintiera herida por mi elogio, yo no vacilaría en apellidarle el Schliemann español. Sus excavaciones, que el ilustre Cartailhac llama «grandiosas», y sus hallazgos, á que da el nombre de «maravillosos», son para mí superiores en la arqueología de España á los trabajos de un Curtius en Olimpia y de un Homolle en Delfos: porque más fina sagacidad y más hondo espíritu

(1) *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques*. L. Siret. Paris, 1913.

(2) Prólogo á la obra de Siret últimamente citada.

de observación exige pasar el rastrillo del investigador por el lomo de las sierras de Aragón y de Soria y dar al aire y al sol la vida de nuestra vieja Iberia, que ahondar la tierra en sitios donde nadie ignoraba que el arte antiguo había consagrado templos y levantado estatuas. El suelo de la Élide y de la Fócida no podían engañar; tan de sobra había sido trillado por la historia; mientras que el de nuestros montes y barrancos ibéricos parecía envolver en misterio impenetrable sus ruinas y sus necrópolis. El ejemplo del marqués de Cerralbo excita y vigoriza: es su labor fecunda por lo que produce y lo que enseña, influyendo en cuantos se dedican á remontarse al origen de nuestras riquezas artísticas y á descubrir sagazmente la honda y fuerte raigambre de nuestra vida nacional. Talentos despiertos, espíritus ávidos y ansiosos revuelven y escarban á diario nuestra tierra, para buscar lo que al peso de los siglos se hundió en ella; y hasta los secretos de aquellos hombres de hirsutos pelos que hacían de los trozos de sílex armas é instrumentos empiezan á conocerse por los Hernández Pacheco y los Cabré en los bisontes y renos que el primitivo dibujo rupestre dejaba en la obscuridad de las cavernas ó al aire libre en los abrigos de las rocas, como inesperada y pasmosa prueba de que el arte nació ya viril y grande en la infancia de la humanidad.

*
* *

No quiero fatigaros más: basta ya de esta mareante excursión por zanjas y pozos de excavadores; después de la penosa subida, reposemos en la cumbre desde la cual nuevos aspectos del tema se divisan. A través de tantas citas en que os he hablado de escombros removidos, de arcaicos sepulcros desventrados, de cenizas dadas al viento y de joyas de arte sacadas de la tierra que las guardaba, llegamos ante un problema interrogador y atrayente que surge de las propias entrañas de esa ciencia que bautizó Baumgartem con el nombre de Esté-

tica. En toda acción humana importa conocer el móvil: de todo impulso volitivo interesa saber el origen. ¿Por qué cavamos en busca de los jirones de viejas vidas?; ¿qué nos lleva á ser mineros de esos yacimientos hipogeicos de civilizaciones remotas?; ¿qué es lo que ansiamos encontrar y por qué después de hallado, apenas sacudida la húmeda tierra que lleva pegada, lo guardamos como se guardan ordenadas las plantas secas de un herbario? ¡Ah!, ya sé lo que alguien pensará y dirá: —“La historia saca provecho de estos hallazgos; con ellos endereza entuertos de la fantasía; venga á la verdad del monumento de la calumnia levantada por la crónica; ve más vivo el recuerdo humano en la piedra que en el libro; se desprende de las falsas vestiduras y sale á nuestro encuentro, hermosa y atractiva, cubierta con los harapos gloriosos de su ropaje desenterrado. Y con la historia, que aparece menos tocada de impurezas, el arte se siente rejuvenecido á la vista y al contacto de los modelos que nos traen el hálito poderoso de otros tiempos, aunque sólo sea porque, como decía el malogrado Guyau, “el pasado no es más que una perspectiva que vuelve“ (1), ó porque, según afirma Dubufe, “los materiales augustos, los mármoles sagrados de templos soberbios ó las más humildes piedras de moradas desconocidas son materia muda en que vive, únicamente adormecida, el alma de tantos recuerdos, de tantos deseos, de tanto amor“ y, como “residuo del arte, son polvo de la verdad“ (2).

Pero no: no arañamos el suelo, no le golpeamos, no le abrimos afanosos como se abre un vientre henchido de vida ajena en cuidadosa operación cesárea que trata de salvar lo que pudiera perderse, no cavamos únicamente para que la historia descubra y el arte aprenda. Hay algo más complejo, más hondo y delicado en este afán de hacer parir á la tierra fecundada por

(1) *La genese de l'idée du temps.*

(2) *La valeur de l'art.*

la vida antigua. Y ese algo es un móvil que empuja á cuantos la exploran y registran en busca de eslabones perdidos de la cadena de la historia.

Por eso, aun habiendo muchos tipos de arqueólogos excavadores y cada uno de ellos solicitado por distintos afanes, obedecen todos á un impulso superior que les es común: los más con completa conciencia de su influjo; los menos por un obscuro automatismo cerebral al que no pueden sustraerse. Excavadores hay que trabajan por aclarar lo pasado: para ellos son útiles las momias, como lo son los bustos y las estatuas, porque creen con Maspero que “la historia adquiere singular realidad cuando se escribe en presencia de los que la hicieron” (1): son, estos sabios, gentes á quienes la espada de antenas hallada en un sepulcro ibérico dice más que Polibio, y que, cuando estudian el roto frontón de Selinonte, recuerdan antes á los cartagineses que lo echaron abajo que al rudo escultor que hizo aquella Gorgona á la cual el cuchillo de Teseo, degollándola, obliga á sacar la lengua fuera con mueca que es cómica y á la vez espantable. Otros escudriñadores del suelo son artistas que preguntan al granito negro de Egipto y al brillante mármol de Paros, «grato por su color á los inmortales, según Platón» (2) qué fuerza de ardiente inspiración pudo darles alma y belleza: mientras no falta quien sólo vea en lo antiguo que resucita el problema de la factura, el estudio de una técnica olvidada, y se encante contemplando cómo el aparejo de sillaría que sale á luz de las ruinas árabes de la sierra de Córdoba es el mismo que emplearon los asirios en los palacios de Korsabad (3), ó quede embelesado á la vista de las piedras de lápiz-lázuli, de verde feldespató ó de rojo jase engastadas en las gentiles y finas minucias de oro de la corona de la reina

(1) *Un parlement de rois au tombeau d' Amenonthes II. Ruines et paysages d'Egypte.* Paris. 1914.

(2) *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce.* Tomo IV. Paris 1788.

(3) Velázquez. Loc. cit.

Kunmuit encontrada en los tesoros de Dahchur (1). Pero los sabios sesudos y los artistas y artífices, fáciles de embriagarse con el acre perfume de la gloria antigua, tienen su reverso en otros tipos de arqueólogos espúreos: el de los coleccionadores monomaniacos y el de los que comercian con los restos de todos los naufragios arcaicos. Unos, aguijoneados por el deseo de poseer, no lo bueno por ser bueno ni lo hermoso por hermoso, sino lo que es raro, ansiando adquirir “lo que no tienen los demás” como decía La Bruyère (2), son á veces ridículos *Diognetes* que no se consuelan de tener vacía una casilla de su monetario ó inaguantables *Democedes* que lloran por la estampa que les falta para completar la serie de sus Callot (3). Aún quedan otros que suelen olvidarse á veces de amar la ciencia ó de regodearse con el arte: esos son de los que tienen siempre la tienda repleta con los despojos de otras edades; en ocasiones semejan á los merodeadores nocturnos de los campos de batalla, y parecen, en otras, descubridores de fortuna que debieran llamarse también traperos de la vieja historia: sólo puede perdonarse á algunos de ellos por lo útiles que resultan para revolver y encontrar y por la aguda rapidez con que definen y resuelven.

* * *

Pero, dentro de esta variedad de tipos que forman la muchebre de los que violan la tierra histórica para arrancarle los secretos de otros tiempos, no hay uno solo á quien no guíe una eterna pasión humana que busca en lo desconocido la emoción estética del hallazgo, con la que el alma vibra y se recrea. ¡Libreme Dios de meterme en honduras psicológicas á este propósito! ¿Definir la emoción y fijar sus límites?... Nada menos fá-

(1) *Ägyptische Godschmiedearbeiten*. G. Möller und W. Schubert. Berlín, 1910.

(2) *Caractères*.

(3) La Bruyère.—*Loc cit.*

cil. Como todo trabajo humano, definir y clasificar es siempre defectuoso é imperfecto. La Naturaleza no define ni clasifica, como no agrupa ni separa: no llegamos á definir bien á causa de no conseguir nunca conocerla por no presentarse desnuda del todo á nuestra vista; no acertamos á clasificar, porque la inmensa creación no está en piezas de mosaico ni en casillas de tablero de ajedrez. El hombre es el que traza sobre el campo de lo existente los sistemáticos dibujos que le sirven para aprender y enseñar. ¡Definir la emoción! Todos la sienten y la comprenden por el temblor de la voz, el músculo impaciente, las llamaradas ó la palidez del rostro y el latir del corazón, que parece no caber dentro del pecho: á veces sólo por la tenebrosa inquietud cerebral ó la beata euforia á que lleva el ensueño plácido del espíritu. ¿Qué importa en ocasiones saber más?

Lo que sí hace falta, hablando en este sitio de la emoción estética, no es definirla ni explicarla, sino decir en virtud de qué móviles se abre la puerta de los factores que la constituyen. Y habrá que empezar, á fin de conseguir lo que me propongo, por hacer una afirmación, que, en gracia de su certeza pudiera llamarse un postulado. Allá en olvidada página de uno de los libros manejados en mi mocedad profesional la encontré, de ella me acuerdo y aquí la clavo como poste indicador que señala el fin de mi camino.

No hay estado de conciencia, por insignificante que sea, que no vaya acompañado de cierta emoción agradable ó desagradable, por lo mismo "que no hay acto psíquico, sensación, idea ó recuerdo que nos deje del todo indiferentes" (1). Estado de conciencia es la impresión que en nosotros produce la reliquia histórica ó artística hallada bajo del suelo y que regaló el acaso, siempre generoso, ó descubrió la sagacidad del excavador avisado: estado de conciencia que no puede presentarse sin su emoción correspondiente: ¿es ésta agradable? ¿qué duda cabe!

(1) Beaunis. *Physiologie humaine*. Tomo II. París, 1888.

Preguntáoslo á vosotros mismos, si alguna vez habéis tenido ocasión de levantar con la azada una rota cabeza de mármol ó dejar al aire los viejos cimientos que la tierra guardó durante siglos.

*
**

Permitidme ahora deciros por qué ha de ser grata la emoción estética del hallazgo. Quizá os parezca inútil este propósito por lo innecesario que es explicar cosa al parecer tan clara; pero si desistiera de ello no me lo perdonaría. Ayudadme con vuestra amable atención, que yo procuraré exponeros en pocas palabras lo que hay de más elemental en este problema interesante que más de una vez os habrá presentado la insaciable esfinge que de continuo obliga á nuestra razón á estar en vela.

Por más que diga Adam lo contrario cuando habla de las emociones estéticas (1), el placer no resulta más que de la satisfacción de una necesidad humana, cualquiera que ésta sea, física, afectiva ó intelectual; como el dolor en todas sus atormentadoras formas no viene de otra cosa que del obstáculo ó de la imposibilidad de cumplir una función natural. En vano habrá quien lo discuta y menos quien lo niegue. ¿Existiría sin esto la vida y se afirmaría el progreso? “La humanidad no camina á través de los siglos sin llevar á un lado el demonio del dolor y al otro el ángel de la suprema ventura“ (2). Dolor y placer son las dos facetas de la existencia en todo lo que siente y procrea, y siempre el placer será la señal manifiesta de un apetito cumplido cuando éste es indispensable, y el dolor algo que indique la evolución torcida ó con retraso, la necesidad burlada ó el vivir contrahecho, Por eso es grato el comer, por-

(1) *Essai sur le jugement esthetique*. París, 1885.

(2) A. Gimeno. *El placer*. Discurso leído en la apertura del Ateneo de Valencia. 1888.

que con él se acude á sostener energías indispensables; y place el descanso, porque acude á la exigencia de eliminar los venenos de la fatiga; y encanta el amor, porque es el fundente de las almas, cumpliendo con esto los mandatos sexuales y los imperativos de la vida social del hombre, que es el animal más gregario de cuantos existen en el mundo. Como causa disnea sofocante lo que pone tropiezos al aire que penetra en los pulmones ó aguda mortificación el obscuro microbio que rompe la dura coraza de nuestros dientes poniendo al descubierto la sensible pulpa que por ley natural debió estar siempre guardada en su estuche; y por mecanismo análogo, aunque no lo parezca, honda y amarga pena, la muerte de una persona querida, á causa de cortar las amarras morales, útiles para nuestro sostén en el mundo. ¿Por qué en el orden de la inteligencia no habría de ser causa de un dolor especial, de un dolor sublimado, casi esencia fina de dolor que sólo las almas cultivadas pudieran percibir, la torpeza que nos impide á veces comprender el juicio que se extravía ó la tarda memoria que no acierta á llamar al recuerdo? ¿Y por qué no, grata emoción, la rápida luz que ilumina un problema ó la rasgadura del velo que ocultaba lo que nadie antes que nosotros vió y pudo enseñar? A ese género de emociones placenteras pertenece la emoción estética del hallazgo arqueológico; habrá de ser, por lo tanto, el resultado de una necesidad cumplida, y, afectando al conocimiento, tendrá que proceder de una necesidad cerebral. Tiene el cerebro varias de éstas: físicas ú orgánicas de nutrición, las unas; otras, afectivas, que nacen con la gratitud filial, crecen con los ardores carnales y culminan en la amistad y en el altruísmo; y son las restantes más altas y exquisitas, porque, gracias á ellas, brilla la inteligencia y se afirma la poderosa voluntad del hombre.

Todo lo que existe tiene una razón de ser que le impone una función. La lima os hará pensar en lo que necesita ser desgastado por el roce; las tijeras os dirán por el acero y la forma que fueron hechas para cortar. No hay nada que no sirva para

algo; y ese algo es su función: hasta el granizo que cae duro y rebotante y troncha la flor y abate la espiga. Por eso, así como el estómago con sus diminutas fábricas glandulares de fermentos está destinado á digerir, el cerebro se hizo para pensar; y para pensar necesita adquirir impresiones, y, para buscarlas fuera y hallarlas, requiere un apetito que mueva y azuce los sentidos: este apetito cerebral se llama curiosidad. De lo cual se deduce que hay hambre en todo lo que vive, y que el hambre es la traducción al deseo de la necesidad de conservarse y de vivir. Siente hambre de oxígeno la sangre, hambre de alimento la célula gastada, hambre de luz y de color la retina, y hambre de conocimiento el cerebro. Por eso, siendo el del hombre el más perfecto, es el animal humano eminentemente curioso, buscador á todas horas, perseguidor incesante de lo que quiere saber; así necesita serlo para ser también delicadamente sensible y en extremo razonador. Ver, oír, palpar, conocer, saber ¡siempre saber!, esa es la consigna que se nos dió á la puerta del paraíso cuando la espada de fuego del ángel nos señaló el camino del trabajo doloroso pero al mismo tiempo el horizonte lejano del progreso indefinido.

No es la curiosidad, como afirma Lecombe, “el sentimiento agradable de la persecución”, porque esa es la emoción y no el apetito; ni es lo que pudieran decir de la atención los que piensan como Marbe, “una posición de conciencia” (*Bewusstseinslage*); ni una “actitud del espíritu” según la definen algunos psicólogos americanos (1), ni siquiera “el ponerse en guardia” el alma, á modo de lo que opina Ach (2), ni “una posición del individuo que se prepara á recibir” (Queyrat) (3); no, porque esto acusaría un estado pasivo que no se acomoda al concepto de la apetencia y del deseo. La curiosidad es in-

(1) H. Ribot. *La vie inconsciente et les mouvements*, París, 1914.

(2) *La volition et la pensée*.

(3) *La curiosité. Etude de psychologie appliquée*. París, 1911.

quieta y activa: algo que hurga, espolea, excita y empuja; se siente dentro del cráneo como en el hueco epigástrico el hambre ó como en la boca la sed. ¿Comprendéis ya por qué, causando placer la necesidad atendida, se extasía el alma ante el conocimiento que la curiosidad persiguió y alcanzó, como se complace ante las piezas cobradas y esparcidas á sus pies el cazador satisfecho? Ya veis cuál es el primer factor de la grata emoción que se experimenta al buscar y hallar bajo de tierra restos del pasado artístico. Cumplida la necesidad de adquirir nociones nuevas, es la actividad cerebral más poderosa, asegurada y libre, y el sentido de expansión del alma se hincha de savia y de vigor. No hay euforia semejante á la que produce la vida agrandada de este modo, más enardecida y más robusta.

*
* *

Hijuela de la curiosidad es en el cerebro, otro apetito: el de descubrir. Pocas cosas hay comparables al gusto de satisfacerlo. Es verdad que el hábito dirige nuestras acciones, las regula y acaba por moldearlas; y que el automatismo á que conduce es la mayor perfección funcional porque da comodidad y ahorra tiempo al seguir la línea de máxima pendiente y de menor resistencia, trillada y fácil, y por lo tanto agradable; pero también lo es que la excitación nueva, que abre vías nerviosas antes ignoradas y establece contactos celulares que no existían, agrada más porque hace mayor el terreno donde se cosechan las ideas. El dominio cerebral se enriquece con estas conquistas y la conciencia se ilumina con la suave luz de la emoción placentera que proporciona el aumento de lo que se posee.

Añádase á esto el encanto que da la victoria sobre lo oculto. Ávido el hombre de saber, curioso impenitente—¿cómo no serlo si la curiosidad fué su compañera ya en el Edén?—, se deleita en penetrar en lo ignoto. Un sendero poco frecuentado le incita á marchar: la obscuridad le intriga; el jeroglífico le

seduce; hallar la razón de las cosas le envanece. Es el eterno indiscreto: lleva dentro un Champollion injerto en un Edipo: tiene la mano pronta á levantar todos los velos y la vista á horadar todas las sombras. Por eso la tierra, ocultadora de tesoros, le tienta con la seducción de la mujer desconocida que vale la pena de ser forzada. Compréndese así la grata emoción del que domina un problema y lo resuelve: el vencedor de la dificultad ó del secreto siente acariciada y adulada la conciencia de su propio valer con el triunfo, engrandecida su personalidad y más despiertas las ansias de vivir.

Pero lo desconocido puede ser un secreto y también un misterio. El secreto es lo que no se sabe pero se puede saber, mientras el misterio es lo eternamente imposible de aclarar; á su fondo no llegará nunca la sonda humana. Secreto es el modo cómo se realizan los hechos en el mundo: la inteligencia y la tenacidad pueden comprenderlo y explicarlo. Misterio es la esencia de las cosas, la íntima, oculta energía que las anima: á su puerta de bronce golpeamos de continuo, aun sabiendo que no ha de abrirse, contentos sólo con oír resonar en su interior los duros aldabonazos que da nuestra impaciencia: quizás por lo mismo que, según dice Maeterlinck, “es su estudio (el del misterio), bajo todas sus formas, el más noble de todos aquellos á que puede entregarse nuestro espíritu“ (1). Y yo diría que únicamente por lo que el ejercicio de descubrirlo sin éxito vigoriza el entendimiento y educa la voluntad; así la esgrima da fuerza al músculo y hace á la vista despierta y ágil.

Lo arcaico enterrado no ofrece misterios; sólo secretos. En descifrar éstos halla grata emoción el arqueólogo excavador, convertido en exegeta: una inscripción en caracteres desconocidos, un trozo de alfarería nunca visto, unas ruinas saliendo de la tierra removida donde no podían sospecharse, ofrecerán problemas, resultarán secretos del arte y de la historia; jamás

(1) *Le temple enseveli.*

serán misterios: y yo no creo que haya problema que no tenga solución, ni secreto cuyo sello no pueda romperse. Misterios no encierra lo antiguo sepultado; pero si los hubiera, tanto mejor: aumentaría el placer del excavador ansioso de adivinarlos, aun sin esperanza de conseguirlo. Tan enamorados somos de lo que no conocemos, que á veces llegamos á figurarnos que tiene razón Guyau y que “la Naturaleza sólo es hermosa cuando está velada” (1). Yo no sé si nos place la obscuridad de las cosas porque nos da la evidencia de nuestra pequeñez despertadora de admiración hacia lo que no entendemos, ó, por el contrario, á causa de sentirnos grandes ante la sombra porque nos creemos capaces de iluminarla.

De todos modos, en presencia del secreto y, aun si hubiera misterio, del misterio, el arqueólogo excavador experimenta la satisfacción que da el descubrir. En esta empresa el mismo estado de duda produce en ocasiones placentera emoción. Dante dijo: *Que non men que saper, dubbiar m'agrada* (2). Marchamos por el mundo bañados por la luz, pero sabiendo como Rodin, que “muy cerca hay mil cosas que resultan ocultas por no estar nosotros organizados para percibir las” (3). Antes lo había dicho Le Bon y explicado mejor (4): y hace siglos un hombre, que había sido carnicero en Stratford y fué luego faro luminoso de la literatura dramática, puso en boca de un príncipe danés estas palabras: “hay en los cielos y en la tierra muchas cosas que no dicen los libros”. Descubriéndolas y aclarándolas pasamos la vida: es lo que tiene ésta de más agradable; aunque sólo consigamos, como único premio que nos es permitido alcanzar, leer las etiquetas, de que habla el profundo pensador Bergson, pegadas á todo lo que no vemos (5). Dice bien H. S. Chamberlain: la Naturaleza juega frecuentemente con

(1) *Les problèmes de l'esthétique contemporaine*. Paris

(2) *Inferno*. XI.

(3) Rodin *Loc cic*.

(4) *L'évolution de la matière. L'évolution des forces*.

(5) *Le rire*.

nosotros al escondite y á la gallina ciega. Y yo añado que en estos juegos hay veces que se deja sorprender: cuando esto sucede pocos movimientos del alma pueden igualar á la emoción sentida (1).

¡Honda emoción que, cuando se debe al hallazgo ó al descubrimiento de *lo que fué y no es*, resulta inefable!

A producirla conspiran no sólo la curiosidad satisfecha y el deseo de descubrir cumplido, sino también otros factores que le dan intensidad y vigor: las lejanías ennoblecedoras del tiempo que achican y borran lo malo é hipertrofian lo brillante y lo heroico; la memoria, á cuyavoz se alzan presurosos los dormidos recuerdos, y, sobre todo, la imaginación creadora, la maga cerebral que evoca, reúne, agrupa y combina, inventando lo que no acaeció, pero que, según ella, debió acaecer, convirtiendo á lo fingido en algo más real que el hecho mismo y á la fantasía en algo más poderoso que la historia. Todo ello forma el tejido sutil de la poesía en el que se mece el ensueño, y, con éste es, á ratos, la vida menos trabajosa y ruda. ¿Cómo pagar al arte esta merced?

He dicho.

(1) Como en aquella mañana del invierno de 1873, cuando Schliemann, escudriñando en Hissarlick las ruinas descubiertas de lo que él creía Troya, tropezó con aquel escudo de bronce deformado por el fuego, tras del cual apareció á sus asombrados ojos un montón de objetos de oro. ¡*Paidos!*—gritó en turco á sus gentes—*¡á descansar!*—, á fin de distraer su atención; y mientras unos comían y otros se entregaban al sueño, él y su esposa, con febril ansia por temor de que se perdiera para el arte y la historia aquel tesoro que ahora figura en el Museo de Constantinopla, lo desenterraron levantando con un fuerte cuchillo la tierra endurecida. Así fueron saliendo diademas, brazaletes, zarcillos, vajilla preciosa, talentos de plata, objetos de electrón, y varias copas riquísimas, entre ellas un *anfukupelon* como los que en tiempos de Homero servían para las libaciones. A pesar de la relativa frialdad con que relata Schliemann este hecho se transparenta la honda emoción que debió sentir.

CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. D. AMÓS SALVADOR

SEÑORES:

Por primera vez, en mi ya copiosa colección de contestaciones á ésta parecidas, voy á contar con una en la que no haga el elogio del Académico á quien contesto.

Ni D. Amalio Gimeno, que será desde hoy nuestro compañero, necesita presentación, ni cabe imaginar que se desempeñe por segunda vez el cargo de Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, sin haber demostrado en la primera condiciones de aptitud innegables y conocimientos muy hondos en los variados conceptos que abarca este importantísimo departamento, cuya misión consiste en hacer hombres y educarlos para ciudadanos y patriotas.

No niego mi travesura de no querer intentar ese ensayo de biografía. Sería para mí labor muy difícil, y tengo la certeza de que la llevaría á cabo con menguado acierto. Sería difícil, porque la figura de este querido amigo mío no tiene nada de sencilla; presenta, por el contrario, muchas facetas que examinar, no podría contar para ello con su ayuda, casi indispensable, y sin ella tendría que hacer investigaciones por completo reñidas con el tiempo de que dispongo. Y haría mal ese trabajo, porque, muchos ó pocos, buenos ó malos, los renglones que le dedicara carecerían de imparcialidad, puesto que de seguro me la quitaría para juzgarlo el afecto que le profeso.

Tiene como médico una gran fama; hizo un libro, y no un discurso, para ingresar en la Academia de Medicina, y, sin embargo, no es de ese modo como llama más la atención.

Del Ministerio de Instrucción pública lo llevaron al de Marina, y se dedicó á *la cura* de aquel departamento, y debiera llevar muy adelantada la curación cuando salió, después de convencernos á todos de que le habían salido los dientes siendo ya consumado marino. Ayer fué al Ministerio de Estado, y ya vivo yo persuadido de que hoy conoce ese departamento tan bien como los otros.

Como orador se le oye con verdadero encanto, y á mí me convence siempre de cuanto dice: y no sigo por este camino porque haría lo que acabo de decir, que no puedo ni quiero hacer; pero la prueba de lo que es como escritor la tengo en la mano, y no son baladíes ciertamente ni el escritor ni la prueba.

Y si era ya cierto que no necesitaba presentación antes de conocer el discurso que acabáis de oír con aplauso, más lo es ahora, porque por sí mismo hace él la presentación y el elogio de quien lo ha redactado, haciendo sentir la bondad y la belleza de lo que se piensa por el acierto con que se le da expresión, que es el privilegio de cuantos prevalecen en el cultivo de las Bellas Artes.

No me atrevo á tocarlo ni para enaltecerlo, temeroso de que parezca que alecciono aun elogiando; y como no puedo excusar el cumplimiento de la obligación en que estoy de decir algo por encargo de la Academia, habré de acogerme á lo que diez y ocho veces con ésta llevo dicho, habiendo, además, en muchas de ellas atendido mi propio consejo.

Consiste en elegir un tema distinto del que desarrolla el nuevo Académico, para no tocarlo siquiera, ó tomar uno derivado del principal que pueda desenvolverse aisladamente, como un detalle de escasa importancia.

Había optado por lo primero, y lo justificaba con las razones que aquí copio.

“No quiero quitarle—decía—el sabor literario que lo enaltece con nada que se le parezca. A ese joven médico poeta, de finísimo oído literario, voy á oponerle un viejo ingeniero pro-

saico y ya para muchas cosas sordo: á los estudios arcaicos, cosa tan moderna como el cinematógrafo; á lo muerto que él desentierra, lo vivo, tanto más amable cuanto menos se vive; á los monumentos de la antigüedad, los teatritos de variedades; porque si lo suyo enseña y educa, no menos es susceptible de educar y de enseñar lo mío, y es en la actualidad tan oportuno y urgente el examinarlo, como que, según se le utilice, tanto puede ser elemento moralizador inestimable como perturbador de las buenas costumbres, y, lo que es peor, de las buenas intenciones, desequilibrando en su desarrollo las facultades del alma, nacientes en los niños y muy débiles para resistir en la poca cultura de las masas populares.“

¡Y desarrollé ese tema y lo presenté á la Academia!

Pero rogué á mis queridos amigos de la Comisión encargada de examinar los discursos que me dijeran francamente la opinión que les mereciese, y me hicieron el honor de manifestarme que lo hallaban *bastante escabroso*, aconsejándome que mitigase el acentuado colorido de algunos pasajes. Y como no había de ser yo menos cariñoso con ellos que ellos conmigo, accedí á sus consejos del modo más radical, y que consistía en hacer otro más *modosito* y que no tuviera con el anterior ni el más mínimo parecido.

¿Y á qué viene contar esto? ¿Qué interesa á nadie el saber si se han hecho dos discursos ó uno sólo? ¡Es muy sencillo, y no lo hago á *humo de pajas*, como vulgarmente se dice! Ya era mucho, en efecto, el que para que no sufriera retraso el día de la recepción hubiera tenido que hacer el otro discurso en menos días de los que se cuentan en una semana; pero, para que ahora no tenga que alargarse el plazo fijado por la Academia para esa solemnidad, he tenido que hacer éste en menos horas de las que se cuentan en la mitad de un día. ¡Y bueno es que se sepa para que se extreme conmigo la indulgencia!

Me acojo, por lo tanto, ahora al primero de los conceptos que antes mencionaba, con tanta más razón cuanto que del

tema del nuevo Académico se deriva uno que me parece interesante, y que siendo cosa distinta marcha, sin embargo, en la misma dirección, como voy á intentar justificarlo.

Trata nuestro nuevo compañero de los descubrimientos arqueológicos á que se llega, tanto por la casualidad, como por la investigación inteligente y preconcebida.

Pero tengo por indudable que cosas que cuestan muchas veces enormes trabajos de inteligencia y materiales, así como cuantiosas sumas de dinero; que han estado ocultas durante siglos, sin que hayan podido conocerlas ni estudiarlas diversas generaciones; cuando, al cabo se desentierran, habrá de quererse *que se conserven* del mejor modo para que no vuelvan á desaparecer, evitando en lo posible la destrucción, inevitable á la larga, de los agentes exteriores.

En suma: primero es el descubrimiento arqueológico; primero, en otros términos, es hacernos cargo de las ruinas que la antigüedad nos proporciona, porque de ella proceden, y que en tal concepto cabe llamarlas *ruinas de la antigüedad*; después viene *el conservarlas*, que es el fundamento de mi tema, aunque no el tema mismo, como ahora diré.

Esta Academia de San Fernando me hizo el honor, muy agradecido por mi parte, de publicar en su Boletín, al finalizar el año último, un trabajo mío que se titulaba "Sobre la conservación de los Monumentos arquitectónicos", y fácil me será demostrar que lo mismo da decir conservación de monumentos que conservación de ruinas de monumentos ó monumentos que se arruinan, porque si éstos fueran invulnerables, si pudieran resistir de modo perdurable y en todo momento victoriosos cuantos ataques le produjeran las fuerzas destructoras de todo linaje, nadie pensaría en una conservación que estaba por completo asegurada. La idea de conservación nace de la idea de destrucción. Se conserva lo que se arruina y para que no se arruine. Son, pues, inseparables los conceptos de conservación y de ruinas. Y si las ruinas tienen algún valor, de la índole

que se quiera, cosa que luego veremos, se les debe conservar.

¿Pero cómo? ¡Este es el grave problema!

Me lisonjea el pensar que en ese trabajo á que ahora me refiero, he acertado en el desenvolvimiento de algunas ideas que son aplicables al caso que ahora examinamos, puesto que no varía el concepto de ruinas porque en un caso se trate de monumentos jamás enterrados y en otro de alumbrados á nueva vida por uno ú otro género de descubrimientos.

Para la manera de conservarlos se tropieza siempre con prejuicios que una vez acariciados cuesta desarraigárlos lo indecible; y entre los que defienden que la mejor conservación de las ruinas consiste en no tocarlas, se topa con los que yo llamo poetas de la arqueología ó entusiastas exagerados. Clasifico entre los poetas de la arqueología á los que tiritan de regocijo ante el desarrollo que adquieren con frecuencia en las ruinas las hiedras y jaramagos, cubriéndolas y revistiéndolas, según ellos, con ropajes de belleza y gallardía insuperables. En vano se les dirá que tales hierbas ó matas no quitan ni ponen valor alguno arqueológico á las ruinas: en vano se les hará ver que tales vestiduras las ocultan é imposibilitan su estudio y, lo que es peor, las destruyen; en vano se les devolverá el razonamiento de que si para no tocarlas se prescinde de su conservación, no puede justificarse el que sean destruídas y anonadadas; todo es inútil, porque esos poetas no ven las ruinas por los ojos del arqueólogo, sino por los del paisajista.

Y no sé si son aún peores los exagerados entusiastas por la conservación de lo ruinoso, sin hacer cosa alguna para que no se acentúe y apresure, lo que equivale á condenarlo á total desaparición, sin ventaja para nada, y para muchas cosas perjudicial. Estos se encogen y sobrecogen ante el temor de que las venerandas ruinas sean agraviadas por el irrespetuoso contacto de la mano del hombre!

Y es donoso lo que me contestaron algunos inteligentes amigos míos, á quienes por su reconocida competencia pedí

opinión sobre ese folleto mío, acerca de la conservación de los monumentos arquitectónicos. Se parecía mucho, en resumen, á esto: "Declaro que no tengo razonamientos que oponer á los que en ese trabajo se exponen, y no tengo, sin embargo, valor para convencerme, no me resigno á convencerme; puede más que mi voluntad y que las razones la consideración que, por instinto, me merece y el respeto que me impone *la antigüedad de las ruinas*". ¡Antigüedad de las ruinas! ¡Lo que vale una frase que por hacerse corriente se tiene por exacta! ¡Confundir lo que hace un momento llamaba *ruinas de la antigüedad*, que es un concepto de exactitud innegable, con el de *antigüedad de las ruinas*, que es totalmente inadmisibile!

Puedo ya ahora concretar mi tema en los siguientes términos: "Todas las ruinas tienen un valor arqueológico; pero ninguna tiene ni puede tener antigüedad, porque siendo cualquiera de ellas en todo momento más ruina que en el anterior y menos que en el siguiente, es en cada uno *recién-nacida*."

A mí me parece, y Dios me perdone la osadía que pueda ir arropada en afirmación tan resuelta, que basta leer el tema y pensar en él unos cuantos minutos para convencerse de que es como dice, sin necesitar ningún género de demostraciones, ¡Y no es así, sin embargo! Cuando las frases hechas han hecho su camino y se han aceptado sin reparo; cuando ideas aceptadas y tenidas por buenas se han acariciado durante mucho tiempo, es empresa de mucha monta el desarraigarlas, y cuesta tanto dolor espiritual el arrancarlas del alma, como produciría dolor físico intolerable el que le arrancaran á uno, á tirones, miembros ó pedazos de miembros de su cuerpo.

Voy á ver si consigo que sea hacedero el convencimiento por medio de ejemplos.

Un monumento puede decirse que nace en el instante en que se da por terminada su ejecución material. Y durante mucho tiempo es para nosotros sensiblemente el mismo monumento, porque nuestros sentidos son impotentes para apreciar

las diferencias; pero nuestra razón nos dice cosa bien distinta. Si todo en el universo es perecedero, en polvo se convertirá al cabo de un tiempo más ó menos largo, por la acción combinada de las fuerzas naturales, en todo momento activas, y de los agentes destructores de toda índole; y en el instante inmediato al de su nacimiento, ya será otro distinto, ya ha empezado á ser ruina. Se deberá la modificación á una gota de agua que ha humedecido y desagregado algún material de la construcción en cantidad inapreciable para nuestros sentidos; habrá colaborado á lo mismo un soplo de viento que llevara un grano de arena capaz de rozar y pulir una superficie en grado infinitesimal; será la gravedad que nunca duerme y siempre hace que los materiales pesen unos sobre otros y por la continuidad del esfuerzo, al cabo, se desmoronen; serán, en suma, muy diversas causas las que en cantidades insignificantes contribuyan *en todo momento* á la destrucción y á la ruina; pero la suma de todas esas cantidades infinitesimales, convierte en polvo la construcción de que se trate, y en todas las categorías de la inmensa serie, cada estado de ruina es independiente de los demás; no uno anterior, con más antigüedad, sino uno nuevo, distinto de los anteriores y posteriores, y que cuando se le considera, nace. Otro ejemplo completará aún más lo que digo.

Yo soy un viejo. ¡Sí, ay de mí, soy un viejo! ¡Y al decir que soy viejo he dicho que soy una ruina! Pero ¿por qué soy viejo ó ruina? ¡Pues porque tengo setenta y un años, porque hace setenta y un años que he nacido! ¿Quiere decir eso, sin embargo, que como viejo ó como ruina tengo la antigüedad de esos años? ¡No! ¡De ningún modo! Por de pronto mi antigüedad como viejo nacería cuando empezara á tenerseme por viejo, y como nadie me tendría por tal á los veinticinco, treinta ó cuarenta años, ¡ya se ve que habrían de restarse desde luego muchos años! Pero no es eso en manera alguna; porque si yo cumpliera hoy mismo esos años no sería hoy el viejo de ayer, con un día de antigüedad, sino otro viejo distinto y más viejo

que el de ayer, como mañana seré otro más viejo que hoy, de suerte que, como tal viejo, soy en cada día recién nacido, encerrándose en esta aparente contradicción, hija tan sólo del modo de decir, una verdad incontestable.

Y siendo esto tan cierto, aún se defiende que la antigüedad es mayor ó menor según sea más ó menos antigua la procedencia, para lo cual es preciso perder el concepto de ruina y confundirlo con el del valor arqueológico, como ahora veremos.

Toda ruina tiene, como antes anunciaba, un valor arqueológico, en el sentido de conservar recuerdos del monumento á que perteneció, y que permiten el estudio hasta de lo que fuera la civilización de aquel pueblo en la época en que se construyó, desde los diversos puntos de vista que se pretendiera examinarla. Pero aun cuando tengan un mismo valor arqueológico en el sentido de que todas, cualquiera que sea su grado de descomposición, contribuyen más ó menos á ese mismo estudio, cambian de valor, en intensidad, según diversas circunstancias y singularmente por su colocación en la escala de las ruinas. Se concibe, en efecto, que tenga más valor arqueológico un resto menos antiguo, y á igualdad de las demás condiciones, pudiera dar valor á una ruina el proceder de una antigüedad más remota; pero nótese bien que el verdadero valor de las ruinas depende de la mayor cantidad de recuerdos de lo primitivo que conserven, y, en tal concepto, la más lejana, ó sea la menos ruina, es la que más vale, y pierde tanto más de valor cuanto es más ruina, y llega á ser despreciable, porque carece de valor arqueológico, cuando se deshace en escombros pulverulentos. ¡Ya se ve ahora que las ruinas no deben merecer respeto por una antigüedad que no pueden tener, y que lo merecen menos, como tales ruinas, las que lo sean más!

De sobra sé yo que todo esto, que no servirá todavía para convencer á muchos, dirán otros que es excesivo y que no valía la pena de gastar tanta prosa en demostrar lo que tiene los

caracteres de las verdades de Perogrullo, sin recordar lo que se defienden los prejuicios para no dejarse convencer; pero, sea de esto lo que quiera, lo importante es establecer bien esos principios, porque, mientras queden flotando tales obstáculos, se perderá malamente el tiempo en la lucha inevitable contra ellos.

Imaginemos ahora uno de esos descubrimientos arqueológicos de que nos habla el Sr. Gimeno, y sea, por ejemplo, una ciudad desenterrada. Tomemos uno cualquiera de sus restos y, ¿qué hacemos con él?

¿Empeñarnos en no querer estudiarlo *como era cuando era*, sino *como es hoy, que nada vale como es*, puesto que su valor depende de lo que conserve ó recuerde de lo que era? ¿Habríamos de renunciar á reproducir lo que era, que es lo que vale, valiéndonos para ello de lo no destruído que se conserve y que nos inspire absoluta confianza de su identidad con lo primitivo, por la manía de no tocar lo que se quiere que sea intangible? Pues esto conduce á estas dos conclusiones inadmisibles: primera, la mejor manera de no tocarlas es no desenterrarlas, con lo que de un golpe se acaba con todo este género de descubrimientos; y segunda, que si no ha de servir lo que se descubre para el estudio de su origen, deduciéndolo y adivinándolo de aquello que ruinoso se conserve, el descubrimiento pierde el calificativo de arqueológico, porque éste es el estudio de lo antiguo y no de lo moderno, es el estudio de lo que fué, sugerido por lo que se ve, no lo que se ve en el estado que está y desligado de lo que fué, que no tiene otro valor que el de actualidad, arqueológicamente nulo.

Más claro: aparecidas las ruinas ¿se podría racionalmente prohibir que de ellas se sacasen fotografías ó se hicieran dibujos, que en cierto modo *las conservaran*, para que pudieran ser estudiadas por otras generaciones cuando sucesivas degradaciones borrarán en ellas estimables detalles? ¿con qué razón, ni siquiera pretexto, se intentaría prohibir para iguales fines el

que, dejando intacto el trozo ruinoso, se reprodujera éste aparte con todos aquellos otros trozos que de él se derivaran y que siendo iguales á los conservados hubieran desaparecido? ¿No se vé el dislate á que estas exageraciones conducen?

Nótese, además, que cada resto ó porción que se examine, tiene un valor arqueológico individual, pero tiene también otro colectivo, de conjunto, que no debe anularse por una intangibilidad desmesurada, perniciosa é insostenible. Muchas veces, en efecto, pueden reproducirse, con exactitud y fidelidad indudables, trozos de construcción interesantísimos para el estudio de conjunto; otras, pueden elementos arquitectónicos derribados ser colocados donde estuvieron, con el íntimo convencimiento de no bastardear lo más mínimo ninguna realidad primitiva; y de hacerse ó no hacerse, obedeciendo ó no á ese respeto intolerable que vengo combatiendo, se facilita ó hace imposible el examen del más importante punto de vista arqueológico. Si no se hace como recomiendo, los restos amontonados y en desorden serán invencible obstáculo para toda investigación racional y sólo darán idea, para todo inepta, de las ruinas de una ciudad. Pero la reproducción de ciertos elementos y la colocación ordenada y en su sitio de otros, cambia el aspecto de las *ruinas de una ciudad* por el de *una ciudad en ruinas*, que es cosa tan diferente, como que esto último puede dar reproducidas partes importantísimas de la ciudad misma, permitiendo el estudio de ella más detallado y la adivinación de lo que hubiera sido en su origen la porción no reproducida. Muchas veces bastará esto sólo para dar hecho el estudio icnográfico, fundamento del arqueológico.

Además, las fotografías y dibujos de la ciudad en ruinas, permitirá que otras gentes que no puedan verlas sobre el terreno se dediquen á su estudio y, finalmente, manejando esos despojos ó restos de la manera racional y científica que recomiendo, se evita el que cuando vengan otras generaciones con estas ideas y quieran llevar á cabo esas reproducciones, posibles en

ciertos momentos, se hallen imposibilitadas de realizarlas, por haber hecho desaparecer una más prolongada y destructora influencia del tiempo, no ya las pruebas indiscutibles, sino los indicios razonables y aun toda huella que en períodos anteriores hubieran sido poderosas, para inspirar la dirección en esas investigaciones.

Lo dicho me basta para terminar ya con pocas palabras.

En el estudio "Sobre la Conservación de los Monumentos Arquitectónicos", de que hice mención al principio, llegué á la conclusión siguiente, que parecerá arbitraria á los que desconozcan el texto, aquí por varios conceptos aplicable, y que, en mi sentir, puede ser aceptada sin reparo:

"Cuando no se disponga de elementos bastantes para tener la certeza absoluta de que se ha de reproducir el todo ó parte de un monumento de verdadera importancia, con entera fidelidad y exactitud, no se piense siquiera ni en soñar con semejante reproducción; pero si se tienen aquellos elementos y esta certeza, no debe vacilarse jamás, porque entonces, *la mejor manera de conservar los monumentos arquitectónicos, en todo ó en parte, consiste en reproducirlos.*"

Análogamente, y después de haber demostrado en mi concepto, lo que he dicho que era mi tema, puedo dar solución á lo que también dije que era fundamento de ese tema, con la siguiente conclusión:

La mejor conservación de las ruinas en los descubrimientos arqueológicos consiste en tomar de lo ruinoso aquellos elementos fehacientes y aquellos recuerdos indudables que nos permitan *la reproducción exacta y fidelísima de lo antiguo, y... reproducirlo!*

Harto siento no dar á los razonamientos que preceden, y que tan sólo dejo hilvanados, aquellos esclarecimientos y ampliaciones que los completaran; pero ni el género de mi intervención en esta solemnidad me lo permite ni quiero ya dilatar un mi-

nuto más el ingreso de nuestro nuevo compañero en la Academia.

¡Perdonádmelo todos! Reciba él, en vuestro nombre, con el cariñoso y dolorido recuerdo que dedicamos al compañero perdido, Sr. García Alix, cordialísima bienvenida. En el mío, ¡el abrazo del más afectuoso y entrañable padrino!

